

LA FARSA

LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN

CUENTO DE ALDEA

Comedia en tres actos, en verso.

50 cts.

CUENTO DE ALDEA

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

CUENTO DE ALDEA

COMEDIA EN TRES ACTOS, EL TERCERO DIVIDIDO EN DOS CUADROS, EN VERSO, ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Reina Victoria, de Madrid, el 23 de febrero de 1929, por la Compañía Díaz-Artigas.

DIBUJOS DE ALMADA



LA FARSA

AÑO III | 16 DE MARZO DE 1929 | NUM. 78

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GERMANA	Josefina Díaz de Artigas.
BERTA	María Isabel Pallarés.
SILDA	Rosita Díaz Gimeno
LA HILANDERA.................	Ana María Quijada.
LA SEÑORA	Isabel Zurita.
AMA CÁNDIDA	Elena Rodríguez.
DOMINGA	Conchita Ajenjo.
SIMONA	Esperanza Iglesias.
PAULA	Consuelo Pallarés.
CATALINA (no habla)	N. N.
LUCIANO	Santiago Artigas.
PABLO	Manuel Díaz González.
EL BARQUERO	Fulgencio Nogueras.
ROMÁN	Francisco Alagón.
PASCUAL	Octavio Castellanos.
LINO	Manuel Dicenta.
MIGUEL	Francisco Alagón.
CIRILO	Luis Latorre.

Apuntadores: Joaquín Llácer y Jaime Rosa.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES

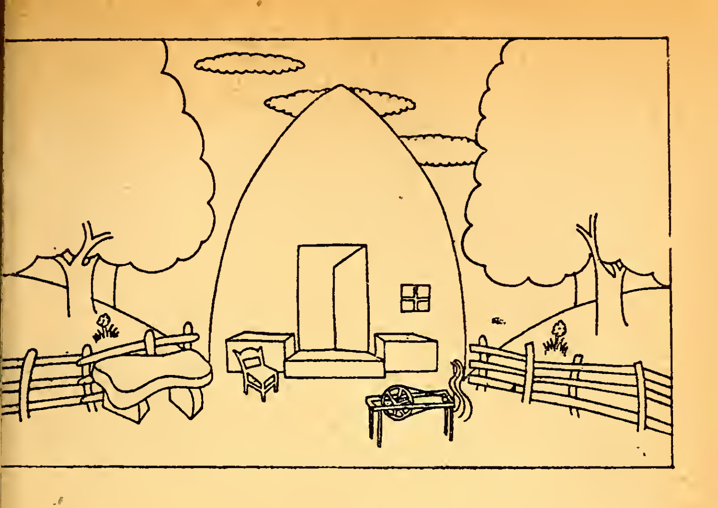
Primera. Para los efectos de la representación no es preciso que el decorado se atenga a lo que se marca en las acotaciones puestas en verso al comienzo de cada acto, sino que bastará con un decorado común que represente lo siguiente:

Acto I.—Una cabaña, choza o casa pobre entre unos árboles.

Acto II.—Interior de una casa de pueblo bien acomodada.

Acto III.—Cuadro 1.° Telón corto: Bosque. Cuadro 2.° El patio de una granja.

Segunda. Los versos señalados con un asterisco (*) pueden suprimirse en la representación.



ACTO PRIMERO

¿Decoración?... Una cabaña
junto a unos tilos de ribera.
La casita de una hilandera.
Crecen el lino y la espadaña,
el trébol verde y la mimbrera.
El río pasa, dulcemente,
lamiendo el pie de la casita
y hace un remanso transparente
para que, en él, la viejecita,
lave sus ropas... A lo lejos,
la fronda malva se dilata.
Media la tarde y hay reflejos
anaranjados y escarlata.
Pero el paisaje es amarillo,
verde holandés y azul oriente.
Es primavera y en la fuente,
como un alegre caramillo,
canta la espuma... Lejanías.
El campanario de una aldea
y más allá, las cumbres frías
por donde el lobo merodea
entre el abeto y el alerce.
La cabaña invita al descanso,
y un arbolillo se retuerce
para mirarse en un remanso.

¡Candor de estampa primorosa
dibujada con lapiceros
de colores!... La tuberosa
borda un festón a los senderos.
Los níscalos y las setas
abren su mágica sombrilla,
y chapotean en la orilla
las blancas ánades inquietas.
Bajo los tilos, un asiento.
Ropa a secar en un ribazo,
y en el cielo, de cañamazo,
un rosicler...

EMPIEZA EL CUENTO

(Se levanta el telón. A la puerta de la cabaña, la HILANDERA, *sentada, hila.)*

(Una pausa y sale el BARQUERO, *que trae un ramo de matas silvestres.)*

BARQUERO. *(Saliendo.)*
¡Dios la guarde, hilandera!

HILANDERA. ¡El proteja al barquero!
¿Qué le trajo a mis tilos?

BARQUERO. Olor de primavera.
Mayo, que se apresura.
Calienta el sol en el embarcadero,
y, como estoy a un paso y el trabajo no apura,
me dije: «Voy a ver
a la buena comadre...» Eché por el sendero
y vine entretenido en recoger
este ramo de verde romero.
(Dándoselo.)
Téngalo.

HILANDERA. *(Aceptándolo.)*
Para el santo.
(Pausa. La Hilandera, después de haber dejado el ramo sobre el banco.)
¿Le apetece beber?

BARQUERO. Yo nunca digo a nada que no quiero.
(Otra pausa. La Hilandera se mete en la choza para volver a salir en seguida con un jarro.)
(Llevándose a los labios la jarra que le ofrece la Hilandera.)
¡Porque un año más, hilandera,
veamos la flor del lino!

HILANDERA. ¿Cuánto lleva cruzando de ribera a ribera,
haciendo con la barca su camino?

BARQUERO. No lo sé. Si tuviera
una pieza de cobre por cada vez que hundí
mi pértiga en el cieno,

no habría pesadumbres para mí
(Señalando con la mano.)
¡Cuando estrené mi balsa, la comadre era así!

HILANDERA. ¡Y el compadre un rapaz guapo, moreno,
fornido cual hierro de fragua!

BARQUERO. ¡Casi un siglo viviendo en el agua
y comiendo pan de centeno!

HILANDERA. ¿Nunca sintió la tentación
de ver el mundo y de escapar?

BARQUERO. Comadre, a tener mi lanchón
una quilla de navegar,
río abajo me hubiera marchado,
y, ya libre, remado, remado,
hasta verme en la boca del mar.
Pero la barca es plana. Se abandona
más triste y quejumbrosa cada vez,
y con su pesadez
y su andar de tortuga dormilona
no podía ir ligera
ni alegre como un pez.
Y por no abandonarla, no vi mundo, hilandera

HILANDERA Así es todo en la vida: humildad, pequeñez.
Tomamos amor a un piedra,
a un leño, a un animal.
¡Nos pegamos, como la hiedra,
a los adobes del tapial!
Hilando viví, en la cabaña,
devanando ovillos en mi delantal;
lavando, a la orilla del río,
canté la canción
de invierno o de estío;
y con la rueca o el jabón
me hallará, cuando venga, la guadaña
en este mismo rincón.
Si no fuera en mi huso bruñido
o en la peña gastada de enjabonar la ropa,
no acertaría a hilar ni a lavar.

BARQUERO. Ya es sabido:
el pobre ha de comer siempre la misma sopa.
Animal de costumbres, o alza el vuelo
para no volver a bajar
o hace, como los grillos, su agujero en el suelo
y se conforma con soñar
que voló. A su res, la lechera;
a su serrucho, el carpintero;
a su encinar, el carbonero,
y el podador, a su podadera.

HILANDERA. Sí, señor. Cada uno es así.
¡Y que nadie le saque de ahí,
si no quiere que enferme y se muera!
Por ejemplo: Germana, la pavera.
¿Qué haría sin sus ánades queridos?
Necesita vivir en la verde pradera,
entre charcas, fangales y graznidos.

¡Y sin su gran manada
de blancas ocas y de pavos reales
se quedaría más desamparada
que el cauce de un arroyo sin mimbrales

BARQUERO. Es simple la pavera.

HILANDERA. Pero, al fin, como todo,
tiene un mundo en el que es obedecida.

BARQUERO. Cada cual, a su modo,
es rey en un pedazo de la vida.

HILANDERA. Más humilde que el reino de Germana
no hay ninguno, barquero:
la hierba, el fango, la manzana
podrida en el reguero,
el fruto que se tira y se agusana
o la inmundicia del estercolero.
¡Estos son los vasallos donde impera,
con su vara y sus zuecos, la pavera!

BARQUERO. Germana sirvió siempre para poco.

HILANDERA. Así es.
Cuando murió su madre y entré al cuidado de ella
no la creí tan pobre de espíritu. Después
vi que todo era inútil.

BARQUERO. Con aquella
expresión apocada... Tímida, asustadiza...

HILANDERA. ¿No le parece bella?

BARQUERO. No es fea, no, señora; pero tampoco hechiza.
¿Se enamoró su hijo de ella? ¿Y no vivió
desde niño a su lado?

HILANDERA. Pablo la recibió
como a una hermana. Nunca se hubiera enamorado.

BARQUERO. ¿No casamos a Pablo?

HILANDERA. El no piensa en tal cosa.
Pero yo le he buscado una esposa
como no la hay mejor: gran establo,
el heno por carretadas,
cien azumbres de leche por día,
diez criados a la pastoría
y las paneras bien colmadas.
¡Silda, la de la alquería!
Si él acepta, como ella ninguna.
Aunque es altivo y dice que su mayor fortuna
está en su oficio de carrero.
(Pausa. Escuchando.)
¿Oye usted su martillo
trabajando los aros de las ruedas?

BARQUERO. Y es el filo de acero
de un cuchillo
que atravisa las arboledas...
¡Tan! ¡Tan! Dice, a destajo,
en su bigornia de herrador.
¡Soy la alegría del trabajo,
la fortaleza y el vigor!

HILANDERA. ¿Y no se alegra?

BARQUERO. No hilandera.

Que el forjador en su taller
y el batanero en sus batanes
me recuerdan unos afanes
que para mí no han de volver.

HILANDERA * El aire está lleno de voces
* que son pregones de vida.
* En la hierba suenan las hoces;
* el reguero, en la senda florida;
* cantan las hachas del hachero
* que derriba el abeto gigante
* y va cantando el maderero
* sobre los troncos río adelante.
* Todo nos habla de sus goces:
* los que ha gozado y los que espera...
* ¡La selva está llena de voces!

BARQUERO. * ¡Qué pena oírlas, hilandera!
* Hay otra voz que no hace ruido,
* pero que hila eternamente
* un hilo en su devanadera
* y que avanza traidoramente.
* ¡La única voz verdadera!

HILANDERA. * Si ha venido a afligirme el barquero
* vuélvase al cuidado de su embarcación.
* Ya sé que en una barca sin quilla y sin timón
* haremos el viaje postrero,
* ya lo sé... Mas no quiero
* enterarme ni oirla avanzar.
* Tengo apego a la vida. Y pues nadie profana
* la quietud de los tilos que dan a mi ventana
* una sombra de bienestar,
* váyase.

BARQUERO. * *(Levantándose.)*
* Ya me voy. Y lo siento.
* Es grato descansar
* en este recogimiento
* y dejar libremente volar
* el pájaro del pensamiento.
Voy a mi trasegar
mortales y mortales de ribera a ribera
como trasiga vino el bebedor.
¡Que Dios la guarde, hilandera!

HILANDERA. ¡Que al barquero le guíe el Señor!
(El Barquero se va. La Hilandera coge su jarro y entra en la choza. Una pausa. Sale SILDA *Es una campesina joven y muy bella. Viste de aldeana rica. Lleva un cirio en la mano. Se acerca a la cabaña con paso presuroso y pregunta.)*

SILDA. ¿No hay nadie?

HILANDERA *(Dentro)*
¿Quién?

SILDA. Yo soy.

HILANDERA. *(Saliendo.)*
¡Silda!

SILDA. Vengo de paso.

Hacia la ermita voy
Y dije, por si acaso
no está después, me acercaré en un vuelo.

HILANDERA. ¡Lindo vestido llevas!

SILDA. Me desvelo
por agradar al que usted sabe.
(Por el cirio.)
La promesa es por él. Para que acabe
de decidirse a hablarme.

HILANDERA. Y te hablará

SILDA. ¿Cuándo?

HILANDERA. Pronto.

SILDA. ¿Muy pronto? ¡Nunca llega el moment
¿A usté le ha dicho...?

HILANDERA. No. ¿Pero qué madre habrá
que no lea en su hijo el pensamiento?

SILDA. ¡Como Berta es tan guapa! Y más ahora,
desde que ama a Luciano; el amor hermosea.

HILANDERA. En viéndote, al salir, tuve la misma idea.

SILDA. Gracias. Vengo del pueblo. La señora
me dió un recado para usté. Desea
que la envíe a Germana
para servir en casa grande.

HILANDERA. ¿De criada?

SILDA. No sé. Me dijo que la mande
si puede ser, mañana.
Que como ella es su madrina,
la apena verla así, tan zafia, siendo ya
una mujer. La educará.
La enseñará a leer y a ser persona fina.
Que encomiende los patos a cualquiera
y se ponga en camino con la aurora.

HILANDERA. ¡Eso no puede ser! ¡Si la pavera
no sirve para nada!

SILDA. No lo ignora.
Pero Ama Cándida asegura
que cuando estuvo allí de niña, parecía
un poco menos tonta cada día.
¡Y eso que era una pobre criatura
que no alzaba dos palmos ni llegaba al fogón!

HILANDERA. Pues ahora que es mujer y está espigada
yo digo que no sirve para nada:
¡ni para recoser un mal botón!
Pero ella manda. Irá.

SILDA. Mejor que allí
no estará en ningún sitio.

HILANDERA. Justamente.
Será un descanso para mí.
Por poco inteligente
que sea, aprenderá a ganarse la vida.
Yo estoy muy vieja ya.
Pablo se casará
y a nadie la pavera encontrará
que se cuide de ella como aquí se la cuida.

SILDA — No señora, eso, no.
Al casar él conmigo, ella vendría
a vivir con nosotros... Y así, descansaría
de las faenas yo.

HILANDERA. — Pero di ¿cómo ha sido? ¿Se marchó
la que hacía el barrido y la colada?

SILDA — ¿Pero es que usté no sabe nada?
¿Ignora que se casan Luciano y Berta?

HILANDERA. — Yo
sé lo que saben todos: Que esa unión
es un acuerdo antiguo entre los padres.

SILDA — ¡Eso ya está olvidado! Las comadres
ni hablan de ello siquiera. La cuestión
es que la boda que antes se creía lejana,
al parecer ya no lo es.
Se llevan a Germana
porque piensan casarse para Pentecostés
Y aunque en la casa hay dos mujeres
y están hechas las dos a trajinar
no dan a basto a los quehaceres
de improvisar un nido y un ajuar.

HILANDERA — Pero ¿Luciano, ha vuelto?

SILDA. — Llegó, sin avisar.
Yo digo, a sorprender.
¡Ya tiene los galones de marino!
Le han dado una licencia y, al volver,
ha dicho que se casa. Anoche vino.
Y en vísperas de boda y con las atenciones
y el trastorno que esto supone en una casa,
quieren más servidumbre.

HILANDERA — Conque ¿Berta, se casa?

(Para sí.)

¡Pobre Pablo!

SILDA. — ¿Decía?

HILANDERA — Nada... Divagaciones.

SILDA — Yo, al decir la Señora
que dónde encontraría
una muchacha buena, leal, trabajadora,
aunque sé que no son sus condiciones,
me acordé de su ahijada,
y hablé por la pavera.
¡Casi, casi, podía
haber dicho que era
mi futura cuñada!

HILANDERA — Gracias, Silda.

SILDA. — De nada.
Miro por la familia. Aunque no fuera
sino pensando que ella y Pablo
igual que dos hermanos se han querido,
la hubiera protegido.
Pero, en fin; hablo y hablo
y me distraigo más de lo debido
Me voy.

HILANDERA. *(Entregándola el ramo que trajo el barquero.)*
Reza por mí
y deja este romero en la ermita Al regreso
¿volverás por aquí?

SILDA. No pensaba. ¿Por qué?

HILANDERA. Habrá vuelto ya Pablo.

SILDA. *(Muy contenta.)*
Si es por eso,
claro que volveré.

HILANDERA. *(Con intención.)*
¡Y a ver si ya se nota la influencia del santo!

SILDA. ¡Haberme enamorado de un erizo!
¡Silda, de la Alquería, no esperó nunca tanto!
(Haciendo mutis.)
¡Por fuerza que me han dado un bebedizo!

(Silda se va. La Hilandera la ve partir con muestras de pesadumbre. Luego se dirige al lateral derecho y llama.)

¡Germana!

(Pausa. Se supone que alguien la contesta dentro.)
¡Ven! ¡Deja los pavos!
¡Hemos de hablar!

(Nueva pausa. La Hilandera retrocede hasta la choza y cogiendo la rueca reanuda su tarea. A poco aparece GERMANA. *Es una guardadora de patos, simple, de mirada inexpresiva y ademanes parados. Sale a escena, pero lo hace sin dejar de mirar hacia atrás, como atraída por algo que la interesa más. En la mano trae una vara. Tocas blancas y zuecos.)*

HILANDERA. ¿Qué miras?

GERMANA. Nada.
¡Una oca glotona y osada
que acosa a unos polluelos! ¡Pero ellos son muy bravos
y saben defenderse!

(Hace un movimiento instintivo como para retroceder hacia donde se supone que están los patos. La vieja la detiene con una voz.)

HILANDERA. ¡Deja estar la manada!
(Pausa. Germana se detiene, pero su atención sigue fija dentro.)
Escucha un momento.

GERMANA. Ya escucho.

HILANDERA. Siéntate.

GERMANA. No estoy cansada.

HILANDERA. Pero lo mando yo.

GERMANA. *(Obedeciendo como un autómata.)*
Me siento.

(Pausa. La vieja se ha sentado también y ha empezado a hilar. Atenta a su tarea habla y habla sin mirar a Germana, que parece distraída. Poco a poco la atención de Germana se irá fijando, al darse cuenta de lo que dice la vieja, hasta caer en una profunda abstracción.)

HILANDERA. La señora ha mandado a decir
que si quieres entrar a servir
en Casa Grande, de criada.
Tendrás, como es natural,
todos los meses, tu soldada;
mesa abundante y regalada;
lecho mullido; delantal;
mitones; cofia encañonada,
y seis pañuelos, con tu inicial
primorosamente bordada.
Yo aquí estimo que no ganas nada.
Ya soy vieja... Me encuentro mal.
Y la noche menos pensada
amanezco en mi mechinal
entre cirios el cabezal
y en mis manos, agarrotada,
la cruz de difuntos de la parroquial.
Te digo esto, porque veas
que te conviene ir a servir.
Ya eres mujer... Has de vivir
y has de cambiar de condición.
Que el día de mañana seas
para un hombre una proporción
Es tu madrina. Debes ir.
Te quiere dar educación.
Enseñarte a leer y a escribir;
a saber saludar y vestir
y los fundamentos de la religión.
Con un poco de aplicación
en tus deberes te impondrás.
No todo es barrer. Sabrás
hacer una cama, mullir un colchón;
asear un habitación;
bruzar con cera y aguarrás
la sillería de un salón;
poner las fundas por San Blas
y quitarlas por la Concepción.
Remendarás, repasarás;
lavarás, cuidarás el fogón;
pondrás la mesa, servirás,
y hasta, si es caso, llegarás
a sacar brillo al almidón.
Cosas que nunca están de más
cuando tengas tu casa, aunque sea un chiscón.

GERMANA. ¿Y usté ha dicho...?

HILANDERA. Que irás.
Que por nada del mundo perderás
tan ventajosa colocación.

GERMANA. *(Con firmeza.)*
Se ha engañado. No iré jamás.
Yo no quiero salir de este rincón.
Ya estuve en Casa Grande y juré no volver.

HILANDERA. ¿Pues te trataron mal?

GERMANA. No. Que no quiero.

HILANDERA Pero eso no es una razón.

GERMANA. *(Poniéndose en pie y echando a correr hacia la derecha como dando por terminada la conversación.)*
¡Mire aquel pato, qué ligero
le roba al otro su granzón!
¡Oc! ¡Oc!...

HILANDERA *(Exasperada.)*
¿No me haces caso?

GERMANA. *(Volviendo a sentarse de mala gana.)*
Sí, hilandera.
Pero no me haga ir, si bien me quiere.
La golondrina volandera
desde que está en la jaula, se me muere
Y yo quiero vivir... ¡Quiero correr
a mis anchas por la campiña!
¡Si soy mujer para perder
mi libertad, mejor ser niña!

HILANDERA Pero ¿y después, cuando yo muera,
qué es lo que harás?

GERMANA Lo que Dios quiera
¿No hay averío en el lugar,
ni faenas donde emplear
la pequeñez de una pavera?
En la granja, en el campo, en la era...
A ordeñar o a segar...
En un menester cualesquiera
que Pablo me puede buscar.
¡A mis ánades y a mis ocas,
que son tan buenos, para mí!

HILANDERA. ¿Y mañana, si hoy te equivocas?

(Pausa. Germana se ha quedado pensativa. La hilandera aprovecha el momento para acabar de decidirla. Pero sigue hablando sin mirarla, con la atención en su rueca.)

Yo he respondido que sí
porque vas a servir a Luciano
que se casa con Berta.

GERMANA; *(Irguiéndose de pronto como herida por un picotazo.)*
¡Eso, no!
¡Es mentira! ¡Ella quiere a mi hermano!
¡Y bien de veces se perdió
con él por el bosque.

HILANDERA; ¡Simplezas!
No hay amor donde falta dinero.
¿Cóm iba, con sus riquezas,
a casarse con un carrero?
No se casan pobres y ricos.

GERMANA. ¿No? ¿Por qué?

HILANDERA. Porque el mundo es as .
Porque siempre hay grandes y ch cos.

GERMANA. Pero yo en los cuentos oí
que los príncipes se casaban
con las hijas de los leñadores.

.ANDERA. Eso eran cosas que pasaban
en otros tiempos mejores.

RMANA. ¿Ahora, no?

.ANDERA Ahora, no.
(Pausa. Germana parece más triste cada vez)
Con Berta
y Luciano, serás dichosa.
Casa Grande tiene una huerta
que es un bosque, por lo frondosa.
Gallinero,
buen palomar,
un granero
donde guardar
las cosechas de enero a enero,
la bodega con su lagar,
y el corral, con su lavadero.
¡No tendrás tiempo de añorar
este andar de sendero en sendero!

RMANA. *(Para sí, ya completamente ajena a cuanto dice la hilandera.)*
¡No hay amor, donde falta dinero!
¿Pues por qué le quiso engañar?

LANDERA *(Que por su parte tampoco oye las reflexiones de Germana.)*
Trabajando como es debido,
podrás, con el tiempo, ahorrar
y a la tienda del pueblo bajar
a comprarte tu buen vestido.
Hablando poco y con sentido,
te harás de todos respetar,
y hasta puedes, más tarde, hallar
un excelente marido.
Mas, para esto, es menester
que antes del alba estés despierta;
que duermas poco y siempre alerta
de tu quehacer.
Si desmayas, nadie lo advierta;
si te fatigas, tu deber
no es confesarlo, es caer muerta
sin que lo puedan conocer.
Todo esto debe saber
una servidora experta.

RMANA. *(Para sí.)*
¡Que Luciano se casa con Berta!
¡Es mentira! ¡No puede ser!
(Pausa.)

LANDERA. ¿Qué respondes?

RMANA. Querría hacer
lo que usté dice: quedarme muerta
antes que ir a padecer.
Mas, siendo pobre, obedecer
a la casa en que como el pan.

LANDERA. Tu obligación es consentir.

GERMANA. ¡Pero de aquí me arrancarán
como al que llevan a morir!

HILANDERA. No te acongojes.
(Nueva pausa.)
Han mandado
que vayas pronto. Tienen prisa
A secar puse una camisa
que te he lavado.
Recógela. Con el jubón
y los zapatos y el justillo
que te compré por la función
es necesario que hoy te vayas
haciendo el hatillo.
Puedes llevarte las medallas
de la primera comunión.
Te llevarás también
el pedazo de espejo y el collar.
En la cabaña ya no hay quién,
no siendo tú, los pueda usar.
Te acostarás temprano. Rezas luego,
y procuras dormir con sosiego,
sin afligirte ni pensar;
mañana te has de levantar
antes que Dios encienda el fuego
de las auroras
en su llar.
¡Flor de Tilo! ¿Pero, es que lloras?
(En efecto, Germana no puede contener su llanto.)
No temas nada. Siendo buena
servir es cosa tan sencilla
como mandar... No tengas pena,
¡que te has puesto más amarilla
que el estambre de una azucena!
(La hilandera se ha levantado. Ha acariciado a Germana y se mete en la choza.)

GERMANA. *(Sola.)*
¡Más amarilla está una muerta!
¡Aun me queda que palidecer!
¡Que Luciano se case con Berta
y que yo lo tenga que ver...!
(Pausa. Sale PABLO. Juventud vigorosa. Inocencia de niño. Al ver a Germana se detiene.)

PABLO. ¡Germana! ¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa?

GERMANA. Porque me voy de aquí. Me echan de casa.

PABLO. ¿Quién te echa?

GERMANA. Tu madre.

PABLO. No es posible.

GERMANA. Sí, lo es... Yo comprendo que estoy
de sobra en ella. Pero, lo más sensible,
no es que me vaya, sino a donde voy.

PABLO. ¿Adónde?

GERMANA A Casa Grande de la aldea

PABLO. Para tu bien será.

GERMANA. Quizá lo sea.

Ya sé que yo no gano ni el mendrugo
que me dáis a comer.
Que soy como las gramas, que se embeben el jugo
de la tierra y no dejan al cereal crecer.
Pero me había hecho a no comer;
casi a vivir del aire, como el camaleón,
a cambio de tener
vuestro cariño y vuestra estimación.
Y ahora ir a servir y no estar aquí más
es muy triste, muy triste...

PABLO ¿Por eso te afligiste?
No te apures, mujer... Si no quieres, no irás

GERMANA Si ya estoy resignada.
He de hacer lo que se me mande.
En viniendo de Casa Grande
yo no puedo negarme a nada.
Siendo mis amos, de ellos vivo;
todos mis bienes, suyos son.

PABLO ¡Germana, yo no concibo
tu cobarde resignación!
Pero ¿no sientes ambición?
¿Eres dichosa en tu simpleza?
¿No harás nunca un esfuerzo por salir de pobreza?

GERMANA ¿Para qué? Todo es bueno
porque viene de Dios... ¡Todo es hermoso!
Tú, en cambio, vives lleno
de afanes.

PABLO. Porque yo he nacido ambicioso.
¡Ay, si pudiera en mi bigornia, un día,
a golpes de martillo moldear el mañana!
¡Con qué furor machacaría
y con cuánto placer convertiría
en duro acero la flaqueza humana!
Pero hablemos de ti. ¿Te vas?

GERMANA. Mañana.
De criada... Con Berta, que casa con Luciano.

PABLO. *(Con deseo.)*
¡Al fin!

GERMANA. ¿Lo sospechabas?

PABLO. Pero no lo creía.
¿Quién lo ha dicho?

GERMANA. Tu madre.

PABLO. Esa, no engaña.
(Pausa. Pablo atribulado.)

GERMANA. ¡Hermano!

PABLO. ¿Qué quieres?

GERMANA. Oyeme... Yo suponía
que era falso y que ella sólo a ti te quería.

PABLO. Me quiso. Pero ya se cansó de querer.

GERMANA. ¡Mala!

PABLO. ¿Mala?
(Con desprecio.)
¡Ni eso! Como todas: ¡mujer!
Jugó conmigo. La gustó el muñeco.

Cansada de jugar, lo arrinconó.
Creyó que estaba hueco.
¡Quizá la saque de su engaño yo!
(Pausa. Recordando.)
¿Te acuerdas de aquel día
que vino a visitarnos a la choza?
Aun la veo... Está ahí... Aún se alboroza,
porque ella pasa, la arboleda umbría.
La contemplo ante mí, cuando, al llegar
en la balsa, desde el molino,
paseábamos por el pinar
junto a los campos de ricino.
¡Es ella! ¡El ama joven! ¡La señora,
que ha venido de Casa Grande!
¡Tan campesina y triscadora!
¡La que queremos que nos mande
y en vez de mandar, ruega, como una labradora!
Andábamos a la orilla
tú y yo, cortando mimbre
para hacer una canastilla,
cuando aparece por la urdimbre
del herbazal, al otro lado
del bosquecillo, entre la jara,
como un cervatillo asustado.
Grita. Nos llama alegremente.
Puesto que el río nos separa
salto a la barca. El bosque entero
sabe que es Berta quien espera,
y cada cosa, a su manera,
hace notar que la presiente.
La barca corre más ligera
que nunca. La corriente
sale del sueño y, de repente,
al despertar, rompe su espejo
en mil pedazos... Chapotean
los patos. Nadan. Aletean
y nos siguen, como un cortejo
que caminase de rodillas.
Por la corteza de un gran tejo
trepan alegres las ardillas,
y hasta el pobre barquero, tan cansado y tan viejo,
echa de ver dos lágrimas que surcan sus mejillas.
¡Es ella! ¡El ama joven! ¡El hada bienhechora!
Cuelga al brazo, como un capacho de pastora,
su gran pamela rubia, con sus bridas de tul.
Y va poniendo en ella la vinca de los prados,
el cólquico menudo, de pétalos rosados
y la genciana azul.
Luego se va contigo, como con una hermana
a coger renacuajos en las aguas salobres.
Su afición favorita no puede ser más llana:
azacanar entre los pobres.

GERMANA. ¿Y ahora...?
PABLO. Ahora no es ella.

Ya no es ella de todo: todo, es suyo.
¡Ya no viene a la choza! ¡Y hasta la risa aquella
se ha secado en las zarzas de su orgullo!

GERMANA ¡Pobre Pablo! No sufras. Yo la haré
comprender que hizo mal en olvidarte.
Perdona mi torpeza. Si de ella te hablé
no quise acongojarte.
Pero ahora estoy contenta porque iré
a la vez que a servir de criada
a defenderte.
¡Y tendrá que volver a quererte
o yo no sirvo para nada!
(Con decisión.)
¡Hoy Flor de Tilo se despierta!

PABLO. *(Estrechándola una mano entre las suyas.)*
¡Flor de Tilo!

GERMANA *(Desprendiéndose de él con dulzura y disponiéndose a hacer mutis.)*
¡Queda con Dios!
¡Si Luciano se casa con Berta
es que poco valemos los dos!

(Se va por la derecha. Pausa. Pablo queda un momento pensativo. Luego se rehace y como habiendo tomado una resolución, llama.)

PABLO. ¡Madre!
(Pausa. Sale la HILANDERA de la choza.)

HILANDERA *(Sorprendida, al verle.)*
¿Ya estás aquí? Pronto has bajado.
(Pausa. El, cabizbajo, calla. La Hilandera, alarmada.)
¿Estás enfermo?

PABLO. No. Pero dejo el taller.

HILANDERA. ¿Cómo?

PABLO ¡Que me he cansado!
¡Que no trabajo más!

HILANDERA No puede ser.

PABLO. ¡Que Pablo, el carretero, al que el pueblo tenía
por tan sufrido y tan trabajador,
desde hoy no vuelve más a la carretería!

HILANDERA. ¿Qué vas a hacer?

PABLO. ¡Holgar, que es la vida mejor!

HILANDERA. *(Cada vez más extrañada.)*
¡Deliras, Pablo!

PABLO. No. Dejo el oficio,
y me caso, también.

HILANDERA ¿Que te casas? ¿Con quién?

PABLO. ¡Con mi propia ambición!

HILANDERA ¡Tú no estás en tu juicio!

PABLO. Con Silda. ¿No trataban de concertar la boda?
Pues conforme. La novia es rica y bella.
Dígala, si la ve, que me acomoda;
que antes de un mes me casaré con ella.

HILANDERA. Pero... ¿así, tan de pronto...?

PABLO Así se hace

(Con ironía.)
¡Ya no traeré las manos tizanadas de carbón!
Iré de limpio siempre, con mi gran medallón
en mi cadena de oro.

HILANDERA. ¡Pablo!

PABLO. ¿No la complace?

HILANDERA. No sé. Me sobrecoge tu determinación.

PABLO. Nada tema. Soy joven... ¡Soy fuerte!
Aun lo he pensado a tiempo de poder disfrutar.
Yo ansiaba ser rico por mí mismo. Acuñar
con mi propio troquel el oro de mi suerte.
Mas no vale la pena trabajar
para que a lo mejor llegue la muerte
cuando el oro acuñado no se pueda gastar.
¡Dígale a Silda, si la ve, que sí!
Que ella, como mujer, señale el día.
Pero que yo no vuelvo a la carretería.
¡Eso, no!... Si me caso ha de ser sólo así.
Yo a vigilar los hombres, las reses y el establo
y a recrearme en ver acrecentar su hacienda.
Otra cosa, de mí, que no pretenda:
¡Se vende, no se casa, Pablo!

HILANDERA. Me aflige oírte... ¿Es que te han dicho...?

PABLO. ¿Lo de Luciano y Berta? ¿Y qué me importa?
¡Yo ya he puesto mi losa en aquel nicho!
¡Madre! ¡Quiero gozar! ¡La vida es corta!

HILANDERA. Más vale así... Pero me asusta oírte.

PABLO. ¿Dirá usté a Silda...?

HILANDERA. ¿Qué cambió su estrella?
No sabría engañarla ni luego, a ti, mentirte.
Habla con Silda tú, que aquí está ella.

(En efecto, vuelve SILDA.)

HILANDERA. A tiempo llegas. Pablo quería hablar contigo.

SILDA. *(Muy contenta.)*
¿El santo hizo el milagro?

HILANDERA. Yo eso creo.

SILDA. *(Acercándose a Pablo, risueña.)*
Pues a tu lado estoy. Di tu deseo.
Ya me tienes aquí.

(Pausa. Pablo calla.)

¡Que hables, te digo!

HILANDERA. Me voy.

PABLO. No nos estorba. Aquí está bien.

HILANDERA. Así hablaréis mejor del casamiento.

(Pausa. La Hilandera hace mutis a la choza.)

SILDA. *(Impaciente.)*
Pero ¿se trata de casar? ¿Con quién?
¡Pablo! ¡Di de una vez tu pensamiento!

PABLO. ¿Para qué? Si tú quieres
que sea tu marido,
ya sabes cómo soy, yo cómo eres.
Aceptamos el trato y convenido.

ILDA. ¿El trato...? ¡No es la feria!

ABLO. Así han venido las cosas.

ILDA. ¡Mírame! ¡Dímelo, al menos, mirándome a los ojos!

(Pausa. El no la mira.)

Pablo... ¿Qué te sucede? Los tuyos están llenos de lágrimas y rojos.

'ABLO. De la fragua. Una chispa que saltó.

ILDA. No irás más al taller, cuando casemos.

·Pero di que me quieres!

'ABLO. Sí.

ILDA. ¡Así, no!

'ABLO. ¿Pues cómo?

ILDA. *(Provocativa. Estrechándole las manos y contemplándole con avidez.)*

Así: ¡Te adoro! Como yo.

'ABLO. Poco a poco, mujer... Tiempo tendremos.

ILDA. *(Cada vez más audaz y enamorada.)*

*Acompáñame a casa. Nos iremos
*por el bosque de alerces y de encinas.
*Está espeso y obscuro y solitario...
*A la sombra de un árbol centenario
*nos sentaremos a comer endrinas.
*Me contarás tus penas, si las tienes.
*Yo te diré lo que sufrí.
*Desde hoy, cuanto tengo es para ti.
*Si yo lo soy ¿nò lo han de ser mis bienes?
Nada tendrás que hacer, en adelante.
Todo lo harán braceros y pastores.
¡Jamás han trabajado los señores!
¡Tú con quererme a mí, tendrás bastante!
Pero si es que te aburres y prefieres
trabajar en tu oficio de carrero
mandaremos alzar grandes talleres.
¿Para qué ahorró mi padre su dinero?
*Nada te faltará. Tu hermoso torno.
*Tu maquinaria reluciente.
*Y una fragua y un horno
*que sean el asombro de la gente.
Trabajarás o no, según te cuadre.
Y yo de ti me sentiré orgullosa,
aunque alguna comadre
diga, murmuradora y envidiosa:
«Bien disfruta Casilda lo que heredó del padre».
¡Ven conmigo! Te ofrezco, si con eso
te hago olvidar a otras mujeres
ser como ellas... ¡Y hasta darte un beso
donde nadie nos vea!... ¿No lo quieres?

(Tirando suavemente de él.)

¿No somos novios ya? Pues ven conmigo
Arroyo alante iremos, dulcemente.
Donde te pueda hablar, sin más testigo
que los ojos de espuma de la fuente.

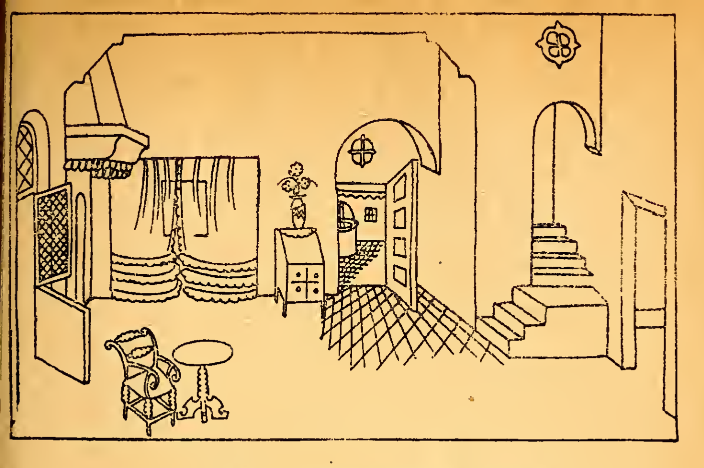
PABLO. — *(Poniéndose en pie con resolución.)*
¡Vamos!

SILDA. — *(Ebria de alegría y asiéndose a su brazo.)*
¿Te has decidido, carretero?
¡Qué feliz soy yendo a tu lado!
(Inician el mutis. Ella le da un repentino beso en la mejilla.)
¡Mira si soy feliz y si te quiero
que no me lo has pedido y te he besado!
(Se van por la izquierda. Pausa. En seguida sale GERMANA *por la derecha. Trae un pato blanco entre los brazos y le acaricia y besa con ternura mientras habla.)*

GERMANA. — Haré mi hatillo... Dejaré la choza
y me iré caminito de la aldea...
Tres cisnes arrastraban la carroza
en que iba Cenicienta... Yo soy fea
y pobre y no merezco su destino.
Pasaré inadvertida entre la bruma.
Pero tú, montoncito de espuma
¿no me acompañarás en mi camino?
¿Dices que sí? ¡Qué bueno eres!
Germana te abandona...
Ya sé que tú me quieres.
¡Eres animalito y no persona!
Adiós, en ti, lo que más amo:
mis ánsares, mis patos, mi manada...
Cuando sintáis llorar, pensad que os llamo
porque me han hecho desgraciada.
Mas cuando a solas en mi lecho esté
y nadie venga a consolar mi pena
¡soñando con vosotros, volveré
a ser dichosa y a sentirme buena!
(Hunde la cara en el plumaje del ave y llora con desconsuelo.)

TELÓN RÁPIDO





ACTO SEGUNDO

Hemos dejado la cabaña
y a Casa Grande hemos venido.
Un sol dorado, baña
los muros y parece dormido
en la paz de la tarde. No es
el zaguán español, con chimenea
y cantarero. Es holandés
o francés... (Lo que sea
da igual). Un interior
de aquellos de «Las Tardes de la Granja»,
limpio y jugoso de color,
con su gran sillería naranja,
sus cortinas y su velador.

Cornucopias, estampas, visillos.
Los muros, blancos. Hay dos telas
que fingen campos amarillos
punteados con amapolas.
En las dos rinconeras gemelas,
relicarios y caracolas.
Pero todo sencillo, prudente,
sin ostentación.
Casa Grande es la casa pudiente
que aun no tiene tradición.
Sobre todo, el color, sonrosado,
nacarado, ambarino.
El ambiente, ligero, afinado;
muy alegre y muy femenino.

En el foro, una alcoba velada
por un gran estor,
y un arco suave que da entrada
a la escena desde un corredor.
El corredor tiene, a su vez,
acceso al patio. Se ve el pozo
y hasta se oye chirriar, con alborozo,
la garrucha de su vejez.
Algunos tiestos al brocal.
Todo el mosaico, de ajedrez.
Por una puerta lateral
se ve el jardín. (Jardín o huerta).
Al otro lado hay otra puerta,
y en la alcoba hay una ventana
que se recorta a contraluz.
La casa es rica y es cristiana:
no se debe olvidar una cruz.
Formando codo, en un rincón,
breves peldaños de escalera;
y en el rellano, de madera,
puerta pequeña, a tono con
las molduras de la sillería
y los muebles de toda la estancia,
negro mate; de aquella elegancia
de la vieja ebanistería
que trabajaba el palo santo
o el ébano de Ceylán.
Que la escena tenga el encanto
de unos tiempos que no volverán.
Chimenea francesa, de leña,
apagada... Frutas y flores.
Por lo alegre, clara y risueña,
en Casa Grande no caben dolores.
Algún retrato evocador.
En los vasos del aparador
y en el orden de la sillería,
una inocente simetría
llena de gracia y de candor.
Y empieza el acto. No se olvide
que aunque rico es de aldea el ambiente.
(Importa mucho que se cuide
un indumento sugerente.)

(En escena la SEÑORA *y* AMA CÁNDIDA *cosiendo.* GERMANA *trajinando, atenta a sus quehaceres de criada.)*

SEÑORA. Germana... ¿qué hace Berta?
GERMANA. No sé... Cortaba flores
por los senderos de la huerta.
CÁNDIDA. Así no cunden las labores.
SEÑORA. ¿Y tú?
GERMANA. Venía al pozo.
Luego, a extender el cobertor
del lecho de Luciano.
SEÑORA. ¿Y Luciano?

ERMANA. Como siempre. En la yegua. Es su gozo
cabalgar como un aldeano.

EÑORA. *(A Germana.)*
Bien está. Ve a lo tuyo.

(Pausa. Germana se dirige al pozo. Se la ve desatar la cuerda, soltar el cubo. Después, contemplarse con arrobamiento en el agua. Mientras, el Ama Cándida y la Señora, hablan.)

El ajuar
no se va a concluir, según veo.

ÁNDIDA. *(Regañona.)*
¡Si la novia no siente deseo
de trabajar!...

EÑORA. Berta ya no es la que cogía
flores de malva en su pamela
y que lo mismo nos traía
un gorrión que una sanguijuela.
Ya no es aquella que con los ojos
a todo hacía obedecer
y todo venía a ser
esclavo de sus antojos.

ÁNDIDA. No lo es... Ya no baja a segar
con Lino el segador... Ni va a la presa
del molino, a pescar.
Ni con los zagalillos de la dehesa
a correr los terneros.

EÑORA. No me pesa
que se haga respetar.

ÁNDIDA. Ni a mí que tenga gustos de princesa.
Pero no es por eso, el cambiar.

EÑORA. ¿Pues por qué?

ÁNDIDA. No lo sé. Si lo supiera
lo mismo se lo diría.
Como ella, cuando vino, era
tan apagada...

EÑORA. Razón había:
Su corazón de enamorada
que no la pertenecía;
sus amoríos turbulentos
con aquel soñador exaltado.

ÁNDIDA. Pues eso digo: Si los vientos
volverán a soplar de aquel lado.

EÑORA. ¡Ama Cándida! ¡Si han transcurrido
cuatro años de su llegada!
¡Eso no es más que agua pasada!
Un resplandor, que se ha extinguido.

ÁNDIDA. Berta llegó muy quebrantada
en alma y cuerpo.

EÑORA. No lo olvido.
Fueron muchas sus emociones.
Ella huérfana, mi hermano viudo.
Abrumado de obligaciones
cuidó de ella cuanto pudo.

Pero entre ayos y criadas
estuvo a merced del primero
que la hablase de amor, caballero
o rufián,
con palabras apasionadas.
Y es el amor, no es el galán,
el que despierta nuestro afán
de enamoradas.
Aquel mal hombre dominó
su voluntad de tal manera
que era una chispa y la encendió
como una hoguera.
Por fortuna mi hermano advirtió
el mal a tiempo todavía
y en Casa Grande la dejó
un buen día.
Un mes más tarde, naufragó.

CÁNDIDA. ¡Pobre señor! ¡Quién lo diría!
Pero el mandato que dejó
fué bien severo:
vigilarla su correspondencia
y atajar, con rigor, la dolencia.

SEÑORA. La del espíritu, primero.

CÁNDIDA. ¡Por lo visto, el mal caballero,
nos la hubiera robado, a poder!

SEÑORA. Y aquí, en la paz de este retiro,
entre una lágrima y un suspiro,
fué olvidando y se hizo querer.
(A Germana, que acabó de sacar agua y cortando unas flores de los tiestos del brocal, se dirige a la alcoba.)
¿Qué es lo que llevas en la mano?

GERMANA. Tulipanes... Para poner
en un vaso, ante el Crucifijo
de Luciano.

SEÑORA. ¿El te lo dijo?

GERMANA. No, señora... Fué que, al barrer,
se me ocurrió. Pero si hago mal...

SEÑORA. Eso, no.

GERMANA. Le diré que ha sido
Berta, quien las ha traído
del jardín... Es más natural.
(Vase a la alcoba.)

CÁNDIDA. Aquí está Berta.
(Por la puerta del jardín llega BERTA, *vestida a lo señor. Es una muchacha morena, inquieta, dominante, de viva imaginación. El más vivo contraste de Germana, todo dulzura y sencillez. Trae el sombrero en la mano y parece haber andado mucho. Durante todo el tiempo que Berta está en escena, Germana permanece en la alcoba de foro y a través del estor de muselina se la ve entregada a las faenas más humildes. Extiende la colcha, barre, etc. La presencia constante de esta figurita en escena, es imprescindible. Parece que ella, sin hablar, ha de llenarlo todo. Se la verá atender a cuanto*

dice Berta, interrumpiendo su quehacer, para escucharla de vez en cuando.)

EÑORA. *(A Berta.)*
¿Te has cansado
de trabajar? Poco adelanta
desde hace días, el bordado.

ERTA ¡Tía, ya bordaré! Hoy sentía el deseo
hace tiempo dormido,
de ir muy lejos, muy lejos, hasta el final del mundo.
Y andando, andando, fuí, por el paseo
bajo el túnel profundo
de los olmos, al pueblo. Luego hubiera querido
cruzar el pueblo y escapar.

ÁNDIDA. ¿Pues estás presa aquí?

ERTA. No es que esté presa.
Pero hay algunos días en que pesa
la casa, como un plomo que nos fuese a aplastar.

EÑORA. ¡Ya viajarás! En su goleta
te llevará Luciano un día.
El es también algo poeta.

ERTA. ¡Pero él adora este silencio, tía!
Y yo, no. Yo quisiera
vivir cien vidas a la vez.
Abarcar con mi mano toda la redondez
del mundo y que me diera
cuanto ofrece: la miel y la cicuta;
padecer y gozar.
¡La vida es algo más que la paz absoluta
de este engañoso bienestar!

EÑORA. *(Escandalizada.)*
¡Calla, calla, sobrina!

ÁNDIDA. *(Idem.)* ¡Tú estás loca de atar!

EÑORA. ¡Cabecita llena de humo!

ÁNDIDA. ¡Cuando más se debía alegrar,
decirnos esto!

EÑORA Aunque presumo
que todo es hablar poı hablar,
¡no me gusta que hables así!
Vamos, Berta, siéntate aquí,
y a bordar.

BERTA. No podría bordar.
Me dejó impresionada
un suceso vulgar.
Faustina, la mujer del carpintero,
se ha escapado con otro. Un buhonero
que llegó a la posada.

SEÑORA. ¡Es imposible?

CÁNDIDA. ¿Faustina?
¡Tan honrada!

SEÑORA. ¡Dios nos libre de una tentación!

BERTA. Dios nos libre, si sopla el ciclón
que ha de llevarnos sin remedio.
Por lo que dicen, no hubo asedio.
Casi no le trató. Fué repentinamente.

Ella debió pintar
el mundo como un paraíso atrayente,
con palabra tan viva y tan ardiente,
que la llegó a sugestionar;
y cerrando los ojos al pasado,
como los que se arrojan a un abismo
por dejar de sufrir, huyó con el malvado.
Todos juzgan su acción como un pecado;
yo, como un heroísmo.

SEÑORA. ¡Berta!

BERTA. ¿Pues no lo fué, si no le amaba?
Así rompió las ligaduras
con que el deber la ataba
a una vida de desventuras.
Es muy triste nacer para vivir
entre reproches y disputas,
pasando privaciones y esperando a morir,
sin mayor ilusión que la de oír
como va la garlopa arrancando virutas.
No comer más que pan empapado de llanto
y volver a empezar cada mañana.

SEÑORA. Así vivía San José y fué santo.

BERTA. Pero la santidad no es cosa humana.
Y el cielo no es de vigas y cañizo;
es de aire y de luz; de claridad.
¡Nuestro Señor lo hizo
con maderos de inmensidad!

CÁNDIDA. ¡Ay, Santo Dios, qué loca!

SEÑORA. ¡Cada día
estás más desatinada!

BERTA. No se apure por mí, señora tía.
¡Haga cuenta que no he dicho nada!
(Ha cogido el sombrero y se dispone a hacer mutis. Germana, en la alcoba, la mira con expresión de asombro.)

SEÑORA. ¿Ya te vas?

BERTA. A mi cuarto.

SEÑORA. ¿A leer,
como siempre?

CÁNDIDA. ¡Si fuese a rezar!

BERTA. A dejarle a mi mente soñar
en lo que nunca he de tener.

CÁNDIDA ¡Es decir, a pecar!

BERTA. *(Desde la escalerilla del foro.)*
Si es pecado dejar al pensamiento
que vuele, como un pájaro, detrás de esas montañas,
a pecar, dices bien. Pero te engañas.
Mi pecado es decir lo que siento.
Eso que tú, por cobardía,
has pensado mil veces y has callado.
(Con un saludo burlón.)
Hasta luego, señora tía.
En mi aposento seguiré el bordado.
(Se va por la puerta de la escalerilla.)

CÁNDIDA. ¿Lo ve usté?
SEÑORA. ¡Quién lo diría!
¡Si parece que la han trastornado!
(Pausa. En este momento, Germana, en la alcoba, ha empezado a sacudir nerviosamente, como para ganar el tiempo perdido en escuchar.)
Se va desenvolviendo la pavera.
CÁNDIDA. *(Envaneciéndose.)*
Sí que adelanta.
SEÑORA. Y a Luciano
le cuida mucho.
CÁNDIDA. Le venera.
SEÑORA. El se deja querer. ¡Cómo es tan llano...!
CÁNDIDA. No hay cosa que no pida que Germana
no lo adivine antes.
Que el traje de cazar, que la canana,
que el cinto, que los guantes,
que el pañuelo...
Le cepilla la ropa con tal celo
y pone tanto esmero en los estantes
donde tiene los libros, que él no quiere
que entre nadie en el cuarto, si no es ella.
La tendré que decir que se modere.
¡Suerte, que es medio tonta y que no es bella!
SEÑORA. ¿Medio tonta, y escribe de corrido
su nombre ya?
CÁNDIDA. Y el de Luciano.
SEÑORA. ¿También?
CÁNDIDA. Menos torcido
que yo... y ¡asómbrese!, sin llevarle la mano.
SEÑORA. ¡Es prodigioso!
CÁNDIDA. No. Que tiene condiciones.
Pero no le aprovecharán
consejos ni lecciones.
Ayer estaba en el desván
echando migas a los ratones.
Habla sola por los rincones.
Se mantendría de agua y pan
y yo creo que ve visiones.
Tan pronto ríe, como canta.
SEÑORA. ¡Si padece alucinaciones,
puede que vaya para santa!
(A Germana, que de espaldas al público está inmóvil, contemplando unos retratos de Luciano que hay sobre un mueble.)
Germana... ¿No terminas?
GERMANA. *(Volviéndose sobresaltada.)*
Ya termino.
Miraba estos retratos de Luciano.
No sé si está mejor el de paisano
o el de marino.
CÁNDIDA. *(Severamente.)*
Nadie te pide tu opinión.

Lleva esa herrada a la cocina
y calla. La colada está en la tina.
Ponla a secar.

GERMANA. Perdón
Si falté no era esa mi intención.
(Para sí, cogiendo la herrada y haciendo mutis al in
rior de la casa.)
¡Qué pena que haya entrado en la marina
y que se pueda hundir su embarcación!
(Se va.)
(Una pausa y entran, por la izquierda, la HILANDE
SILDA *y el* BARQUERO. *La Hilandera trae una cesta*

HILANDERA. *(Desde la puerta.)*
¿Hay licencia?

CÁNDIDA. Adelante.

SEÑORA. *(Sorprendida.)* ¡Hilandera!
¡Casilda! ¡Barquero!
(Los tres aldeanos avanzan cohibidos, como almas
Dios asustadizas.)
¿Qué os trae de la ribera,
hasta mi casa, ahora?

BARQUERO. Desear la salud de la señora.
(Mirando a la Hilandera como incitándola a habla
Después...

HILANDERA. *(El mismo juego, a Silda.)*
Habla, Casilda.

SILDA. *(Idem.)* Usté primero

BARQUERO. ¡Es muy grave!

SILDA. ¡Muy grave!

HILANDERA Pablo...

SEÑORA. Acaba

SILDA. Pablo...

SEÑORA. ¡Déjala hablar!

HILANDERA No. Que hable ella

SILDA: Que Pablo prometió que se casaba
conmigo en este mes...

HILANDERA. Y que de aquella
palabra que la dió...

SILDA. Se ha arrepentido.

HILANDERA. ¡Está triste! ¡Muy triste!

SILDA. No se acuerda
de comer ni dormir.

HILANDERA. Temo que pierda
la voluntad.

SILDA. Como perdió el s ntido.

SEÑORA. ¿Y yo qué puedo hacer?

HILANDERA Nada, señora

SILDA. Usté, nada.

SEÑORA. ¿Pues quién?

BARQUERO Dios.

HILANDERA. La grandeza
de Dios, si hacerlo quiere.

SILDA. ¡Nuestro Pablo se muere
de desesperación y de tristeza!

ILANDERA. Ronda esta casa.
ILDA. Acecha estos caminos;
Y lo mismo que un malhechor,
se agazapa entre los espinos
para poderla ver mejor.
ÁNDIDA. ¿Esta casa?
EÑORA. ¿Pues qué
le atrae en ella?
ILANDERA. *(Temerosa de haber dicho demasiado.)*
No lo sé.
ILDA. *(Idem.)*
Yo tampoco.
ILANDERA. Y no es eso lo peor,
con ser ya tantas las desdichas mías;
ILDA. Lo peor...
ILANDERA. ¡Ay, señora! ¡Yo voy a enloquecer!
¡Es que hace ya tres días
que se ha marchado, para no volver!
EÑORA. ¿Que se ha marchado?
ILDA. Sí, señora.
ILANDERA Salió de casa al despuntar la aurora
y nadie más le ha vuelto a ver.
ARQUERO. Se ha recorrido todo.
ILDA. La montaña.
ILANDERA. El valle.
ARQUERO. Los pantanos y la duna.
ILANDERA. ¡Quién sabe si el dolor que le acompaña
le hizo arrojarse a la laguna!
EÑORA. No llores, hilandera.
Pablo se curará de su manía
y casará con Silda
ILDA. ¡Dios lo quiera!
ILANDERA. Ya, de paso, venía
para ver a Germana. ¡Quién podía pensar
que se la iba a echar
de menos, de este modo.
No lo hubiera creído... Pero todo
llena en el mundo su lugar.
EÑORA. ¿Pues no era una persona?
ILANDERA. Tan insignificante... Tan callada.

(En este momento aparece GERMANA, *que viene del interior de la casa con un lebrillo de ropa húmeda. Al ver a la Hilandera, da un grito de alegría, deja el lebrillo en el suelo y se arroja en sus brazos.)*

EÑORA. Ahí viene... Mírala. Limpia... Aplicada...
ERMANA. ¡Abuela! ¡Qué alegría!
(Germana y la vieja permanecen un momento abrazadas.)
EÑORA. Plancha, zurce, repasa y almidona
mejor que nadie suponía.
ILANDERA. ¿Estás contenta?
ERMANA. ¡Mucho! Cada día
soy más feliz.
ILANDERA. Ya se te ve.

GERMANA. ¿Y Pablo?
HILANDERA. Se marchó.
GERMANA. ¿A dónde?
HILANDERA. No lo sé.
GERMANA. ¿Y sin venir a verme? ¿Por qué? ¿Ya me olvidó?
SEÑORA. No se hable más de Pablo. Y tú, barquero,
¿querías algo más?
BARQUERO. Bien poca cosa.
Algunas tablas, un madero
y una persona habilidosa
que me venga a ayudar. Nada más quiero.
Como la boda de Luciano
será, según me han dicho, cualquier día, ...
en la ermita de Santa Lucía
que cae a la otra mano
del agua; y como es de esperar que a la boda
vaya mucho gentío,
y quiera, en mi lanchón, la aldea toda,
atravesar el río,
habrá que reparar
la barca... Justamente,
pronto hará medio siglo que se la vió flotar
por vez primera en la corriente.
Bien se ha ganado, la infe iz,
unos clavos y unos listones.
Si se la da una mano de barniz
volverá a ser la reina de las embarcaciones.
Además, lo merece el festejo.
Yo la empavesaré con gallardetes
que sean ese día su aparejo.
Y si no cañonazos, tiraremos cohetes,
para que lo oiga bien todo el Concejo.
Y no crea que son chifladuras de viejo.
No, señora, no hay tal.
Pero es mi gusto que Luciano
cruce el río, orgulloso, como un soberano
que va sobre el castillo de su navío real.
SEÑORA. Pues tendrás el obrero
y la madera y la pintura.
¡Y a ver si la gallarda arboladura
es digna de un monarca!
BARQUERO. Así lo espero.
HILANDERA. Y ahora, pues el domingo serán los esponsales,
les traemos también nuestros presentes.
SILDA. Son regalos humildes.
BARQUERO Al fin, de menestrales.
HILANDERA. Como ese día acudirán las gentes
a Casa Grande y no queremos que nos vean,
se los traemos hoy.
(Entregando la cesta al ama Cándida.)
¡Porque los novios sean
muy felices! Y vámonos. Ya es hora.
SEÑORA. ¿Pero vendréis?
HILANDERA. Yo no vendré.

No es cosa de reír cuando se llora
ni de ir a llorar donde se ríe.
¡Dios guarde a la señora!

BARQUERO. ¡Que la bendiga Dios!

SEÑORA. ¡Que Dios os guíe!

(El barquero y Silda se dirigen hacia la puerta de la izquierda. Germana los acompaña hssta ella. Mientras Germana se despide de sus amigos, el ama hace mutis hacia el interior de la casa. La señora se ha levantado y se va también.)

BARQUERO. *(A Germana.)*
Abur, pequeña.

GERMANA. Abur.

(El barquero hace mutis.)

SILDA. *(A Germana.)* Adiós, mujer.

(Silda hace mutis.)

(Germana y la Hilandera solas, casi en la puerta.)

HILANDERA. ¿No sientes que me vaya?

GERMANA. Sí, hilandera.
¡Nunca podré olvidar aquella lavandera
que me enseñó a sufrir y a obedecer!

HILANDERA. Pues, hasta pronto.

GERMANA. Hasta que quiera.
Si vuelve Pablo, que me venga a ver.

(Pausa. Germana, desde la puerta, los ve marchar. Por la puerta de la escalerilla aparece BERTA. *Germana recoge la labor de la Señora, coloca las sillas, etc.)*

BERTA. ¡Germana!
(Germana se vuelve.)
¿Ya dejaron
de trabajar el ama y la señora?
¿Ahora que yo venía, se marcharon?
Nunca estamos de acuerdo. Tú, tan trabajadora
como siempre.

GERMANA. Me afano
por servir.

BERTA. *(Sonriendo.)*
¿A Luciano?

GERMANA. A todos.

BERTA. Pero a él, especialmente.
(Desviando la conversación.)
¿Damos lección?

GERMANA. Si quiere... La Señora
me prometió un vestido
y un pañolillo de percal
como leyera de corrido
cuando llegara San Pascual.

BERTA. *(Sentándose a la mesa y disponiéndose a darla la lección.)*
Pues a ganarlo.

GERMANA. *(Trayendo un libro de un estante.)*
El libro.

BERTA. Empieza.
¿Estábamos?
(Germana, aunque un poco torpemente, va pasando las

páginas del libro con cierta ligereza, hasta dar con que busca.)

GERMANA. Aquí.

(Pausa. Observando a Berta, que parece preocupada que se aprieta las sienes con la mano.)

¿Qué la sucede?

BERTA. ¡Que se me parte la cabeza!

GERMANA. *(Cerrando el libro.)*
Pues no leamos, si hoy no puede.
Mañana.

BERTA. Sí. Mañana.
(Suspirando.) ¡Ay, flor de tilo,
cómo te envidio!

GERMANA. ¿A mí? ¿Por qué?

BERTA. Porque tu corazón late tranquilo
sin un remordimiento.

GERMANA. ¿Y el de usté...?

BERTA. Teme por todo.
Por Luciano, que ajeno a lo pasado,
puede afligirse un día;
por mí, que me he dejado
arrastrar de este modo
a donde no debía,
y por alguien que sufre y no ha olvidado
tampoco, todavía.
¿Tú no has amado nunca?

GERMANA. ¡Nunca!

BERTA ¡Qué dichosa!

GERMANA. ¿Usted, sí?

BERTA. ¡Con locura! ¡Hasta cegar!
¿Me guardarás secreto si te digo una cosa?

GERMANA. Hable.

BERTA. *(Bajando la voz.)*
No llegaremos a casar
Luciano y yo.

GERMANA. *(Sorprendida.)*
¿Por qué? ¿No le quiere?

BERTA. Por eso.
Porque le quiero bien, no le debo engañar.
Mi corazón no es mío. Hace tiempo está preso
y no le puedo rescatar.

GERMANA. ¿Quizá, Pablo...?

BERTA. ¡No! ¡Pobre! Aquello fué
una torpeza mía. Le oí, para olvidar.

GERMAGA. Pablo se hizo ilusiones.

BERTA. Ya lo sé.
Yo vine con el alma destrozada.
Luciano estaba lejos...
Estos árboles viejos
y esta casa alejada
del pueblo, no podían
dar alivio a mis penas.
Me llamaban los bosques. Me atraían
el campo y sus faenas.

Quise vivir... Quise ver gente.
Bajé a la aldea... Concurrí a la fuente.
Y una falsa alegría pareció
ir enterrando mi pesar.
Reía y me aturdía alegremente,
y, en el baile, salía a bailar.
Sin medir la distancia entre él y yo,
Pablo me cortejó
como a una moza del lugar.
Yo tan sólo por juego me dejé festejar.
Luego, cuando más tarde comprendí
que hacía mal
y me alejé de él,
no tenía remedio. Aunque cruel,
procedí rectamente a la hora final.
¡Si se pudiera hacer igual
con todo...! Pero hay cosas que pueden más que yo!
(Pausa.)

GERMANA. ¿Luciano sabe...?

BERTA. No. Ni ha de saber.
Si tuviera remedio, se lo confesaría.
Pero no quiero hacerle padecer
inútilmente... Cada día
que pasa, aquel amor de maldición
se afianza de nuevo... ¡Aunque daría
por hacerle morir, mi eterna salvación!
(Pausa.)
¿No lo dirás a nadie?

GERMANA. Nada tema.
Pero, entonces, ¿qué piensa hacer?
¿No la quema los labios el saber
que miente cuando habla?

BERTA. Sí. ¡Me quema
y me avergüenza ser
tan falsa y desleal!
¡Pero nada podemos oponer
contra una ley fatal!

(Pausa embarazosa. Las dos han quedado pensativas.)

¿Y tú no tienes nada qué contar?

GERMANA. Nada...

BERTA. Tu vida.

GERMANA. Un caracol
casi no tiene vida. Sale al sol
y se vuelve a ocultar.
Esta es toda mi vida. Bien vulgar.
Morírseme mi madre, siendo yo muy pequeña,
y, cuando apenas si sabía andar,
ir por agua y por leña
a la fuente y al encinar
donde trabaja el carbonero.
Mi padre era porquero.
Sólo recuerdo que tenía
un látigo muy largo de guiar la piara.

Al encontrarse viudo, como yo no podía,
se llevó a la hilandera para que le cuidara.
Era viuda también. Atendía el fogón,
hilaba el copo y amasaba el trigo.
Y con ella y con Pablo, al que llevó consigo,
se repartía en casa la ración.
Pasó el tiempo. Mi padre, ganado de aquel modo
se casó con la viuda, y ya casado
yo vivía en la choza de prestado,
y la viuda fué dueña de todo.
Un mal día mi padre se ahogó junto a la aceña.
Y como yo tenía nueve años cabales,
dejé de acarrear el cántaro y la leña
para ir con las ocas y con los pavos reales.
No tengo más historia. Una vez, por mi mal,
estuve aquí viviendo los tres meses de estío.
Cuando por unas fiebres cogidas en el río,
la hilandera se tuvo que ir al hospital,
Quedé sola con Pablo. Y mirando por mí,
la señora nos recogió.
Por suerte para todos, la hilandera curó.

BERTA. ¿Por suerte? ¿Pues tan mal lo pasasteis aquí?

GERMANA. No, señora, eso no.
Yo solía venir antes de aquel verano
a la casa, a traer leche y manzanas,
con que se repusiera de sus males Luciano,
colegial enfermizo... Y todas las mañanas,
cabalgando en su potro, seguido de su ayo,
se cruzaba conmigo, al abrir la cancela,
y a veces me pasaba tan cerca su caballo,
que si no me apartaba, me daba con la espuela
Después, en el portal de la cocina,
me salía Ama Cándida al encuentro,
y dejándome allí, como a cosa dañina,
me prohibía pasar dentro.
Mientras desocupaban la canasta y los jarros,
yo lo admiraba todo: el horno, el asador,
los armarios repletos de cacharros,
las hermosas parrillas y el gran espumador.
¡Qué envidia ver al Ama pelando una gallina,
machacando pimienta, picando perejil,
con su cofia rizada, su esclavina,
sus manguitos y su mandil!
¡Entre ruido de platos y afanar de criadas!
¡Atizando la lumbre, moviendo los peroles,
y manejando aquellas baterías doradas
que relucían como soles!
¡Cuánto hubiera yo dado por ocupar su puesto!
Cierto día me dijo: «Te has propuesto
aprender el oficio y lo vas a lograr.
Pasa. Tengo invitados. Nacesito ayudantes.»
Alcanzó una marmita de uno de los estantes
y me la dió a fregar.
¡Qué honor fué para mí que me la diera!

¡Esta es mi única historia verdadera,
que merece llamarse bonita!
¡La historia de la pavera
que fregó un día una marmita!
Pero discúlpeme, si hablo desatinada.
Me gusta hablar así cuando encuentro con quién.
Me tienen por callada;
pero al que me oye bien,
le cuento mis secretos: al cardo, en los eriales;
a la flor, en la rama; en el prado, a las ocas;
y hasta las sabandijas que hay en los albañales
saben mis bienes y mis males.
Todos dicen que esto es de personas locas.
Pero un domingo en misa, el rector nos habló
de un santo que llamaba hermanos a los lobos.
Y no es que yo me crea una santa. Eso, no.
¡Pero los hay más bobos
y más torpes que yo!

(Pausa. Entra LUCIANO *en traje de montar. Viene alegre, rebosando alegría. Le sigue su fiel criado* ROMÁN)

LUCIANO — Adelante, Román.
(Reparando en Germana.)
¡Hola, pequeña!
(A Berta.)
¡Hermosura de Dios, da gloria verte!

(Se acerca a ella. Intenta cualquier demostración de cariño. Ella le rechaza suave, pero enérgica.)

BERTA. — ¡Luciano!
LUCIANO. — ¿Veis qué arisca? ¡Me desdeña!
BERTA. — No te desdeño. Quiero hacerte
comprender que hay testigos.

(Lo ha dicho por Germana y Román.)

LUCIANO. — *(Echándolo a broma.)* Por su suerte.
Que su mayor desgracia no sería
vivir en sombras a la luz del día,
sino saber que existes y no verte.
BERTA. — Cumplida es la lisonja.
LUCIANO. — Como mía.
Román, lleva el caballo al herradero,
y mañana, temprano,
aquí con el lebrel y el perdiguero.
ROMÁN. — Está bien.
LUCIANO. — Y esta noche
voy con unos amigos a la fiesta
que hay en Casar. «El Rubio» presta
su acordeón. Yo presto el coche.
Engancharás las mulas y, a las nueve, en la puerta.
ROMÁN. — ¿Nada más?
LUCIANO. — Nada más.
(Román se va.)
BERTA. — *(Con reticencia.)* Ya es suficiente.
LUCIANO. — ¿Pues te enoja que me divierta?

BERTA. Dime si es grato estar constantemente
esperando que vuelvas.

LUCIANO. ¡Tienes razón, Berta!
Pero discúlpame mis expansiones.
Después de cuatro años pasados en el mar,
es muy justo que quiera disfrutar
de lo que no hay en él. Las naves son prisiones.
Y los que hemos nacido en la montaña
nos morimos en ellas de tristeza.
¡Es mucha soledad! ¡Mucha grandeza
la que en la inmensidad nos acompaña!
Por eso, al pisar tierra y entrar en Casa Grande,
me siento más alegre y más en mí.
¡Gracias a Dios que piso un suelo que no ande,
tierras de roca viva en que nací!
Me gusta recorrerlas nuevamente
y volver a vivir el pasado.
Visito a los amigos. Interrogo a la gente.
Voy a la iglesia y al mercado.
¡Donde cada palabra que recoja
sea como un saludo de la aldea!
¡Donde cada sonrisa, se me antoja
un gallardete, que a mi paso ondea!
He estado en la bolera, en el mesón;
he jugado, he bebido.
he cabalgado y he corrido
igual que un colegial en vacación.
Pero, en cambio, me olvido
de que he dejado aquí mi corazón;
no te extrañe, mujer; de eso no cuido:
¡Se encuentra tan a gusto en su prisión!
(Pausa.)
¿Me perdonas...? ¿Por qué suspiras?
(A Germana que, desde que él entró, se ha quedado inmóvil contemplándole como arrobada, con las manos en los bolsillos del delantal.)
¿Y tú? ¿Qué es lo que miras?
¿Verdad que no hay hechizo
como el de Casa Grande?

GERMANA. *(Saliendo de un sueño.)*
Puede ser...
No sé... Yo voy al cobertizo.
Aun tengo mucha ropa que tender.
(Coge el lebrillo de ropa y vase por el patio.)
(Pausa. Berta se ha sentado. Luciano acerca una silla junto a ella.)

LUCIANO. *(Siempre jovial.)*
Tú no sabes con qué simpatía
hablan en todas partes de nuestro casamiento.
En la botica y en la mercería;
en los porches de la alcaldía;
en la plaza y en el convento,
se dice que Berta y Luciano
serán la pareja ideal.

Tienen razón. No hay otra igual.
Yo soy el dueño de tu mano
por un designio celestial.
Cuando, ya en la Escuela Naval,
me escribió mi madre un verano
diciendo que estabas aquí,
ignoro por qué presentí
que, en un día no muy lejano,
habías de ser para mí.
¿Y tú, no presentías
que algún día te casarías
conmigo?

ERTA. No lo sé. Puede que sí.
Nuestros amores siempre fueron
algo en lo que tú y yo tuvimos poca parte.
A mí, desde pequeña, me dijeron
que tenía que amarte;
a ti también te acostumbraron
a pensar en tu prima desde lejos,
y un día y otro de insistir, lograron
que aceptáramos jóvenes lo que trataron viejos.

UCIANO. Pero eso no fué todo. Además de los tratos
vinieron los detalles: las cartas, los retratos.
El tuyo era una linda miniatura
hecha en marfil. Sobre la albura
de mármoles, de un banco,
se recortaba tu vestido blanco,
del que emergías, sensitiva y pura.
En una balaustrada,
cubierta, casi, de ramaje y pomas,
un tazón de alabastro y dos palomas
que se daban el pico. Tú, entocada,
con tu bella y minúscula capota,
tenías en la mano una gardenia.
Y allá, en el cielo, en claridad remota,
como esperando recibir tu venia
para atreverse a iluminar la noche,
bajo el signo pagano de Artemisa,
la luna relucía como un broche
que pretendiese aprisionar tu risa.
Aprisionó tu risa y mi ilusión.
Los dardos de Diana cazadora
se clavaron en mí... Mi corazón
fué tu cautivo desde aquella hora.
Aunque lejos de ti, desde aquel día
tuve en mirarte mi mayor recreo.
¡Lo que era un ideal se hizo un deseo!
¡Y, sin haberte visto, te quería!
Mi madre me contaba
tus gustos y aficiones,
y a medida que el tiempo adelantaba
tu figura se acrecentaba
en mi mundo de imaginaciones.

Eras buena, sencilla, leal;
incapaz de mentir ni de hacer daño.

BERTA. ¡Ya ves qué desengaño!
Siempre sucede igual.
No sospechaba que ponías
en mí tan puros ideales.
No era el modelo como tú creías.
La fantasía crea un ser,
lo idealiza a su placer
con virtudes sobrenaturales,
y al compararlo, luego, con la vida,
se ve que hay un error tan acusado
entre lo real y lo pensado,
que el ídolo se rompe en la caída.

LUCIANO. Pero tú no has caído. Te has alzado
con más fuerza en tu pedestal.

BERTA. Son tus ojos de enamorado
que me ven a través de un cristal.
No está en ser malo ni en ser bueno,
ni en la gracia ni en el candor,
ni el tener el cabello moreno,
ni rubio, ni los ojos de un color;
la atracción especial que nos inclina
hacia quien ha de ser nuestro elegido,
está en esa sorpresa repentina
de sentir lo que nunca hemos sentido.

LUCIANO. Y entre nosotros dos, sinceramente:
¿para ti, esa sorpresa, no ha existido?

BERTA. No todos se enamoran de repente.

LUCIANO. Entonces... ¿no me quieres?

BERTA. Aun no sé si te quiero.

LUCIANO. ¿Crees que llegarán a ser dichosas
personas tan distintas?

BERTA. ¡Quién sabe!

LUCIANO. Yo lo espero.
Con buena voluntad, se consiguen las cosas:
Y el tiempo liga más que las quimeras
de una imaginación acalorada.
(Hay una pausa embarazosa, rota por la voz de la Señora, que dice, dentro.)

SEÑORA. ¡Berta!

BERTA. *(Levantándose y disponiéndose a hacer mutis.)*
¡Voy! *(A Luciano.)* Es tu madre. Si no deseas
[nada...

LUCIANO. Si deseo: ¡deseo que me quieras!
Mira que mi alegría está velada
por la sombra de un presentimiento,
y que me haces temer, cuando te escucho.

BERTA. Pues haces mal. Vive contento,
y que esta noche te diviertas mucho.
(Vase.)

LUCIANO. *(Solo.)*
No sé... No la comprendo.
Lamenta mi abandono y lo desea.

No es posible que crea
en su cariño... ¡Está fingiendo!

(Se abisma en sus pensamientos. Ha obscurecido. En seguida sale GERMANA, *en silencio, como una aparición. Le contempla. Sufre viéndole. Luego se acerca a él y dice, con temor, mientras deja sobre un mueble el candelabro que traía encendido. La escena se ilumina.)*

GERMANA. ¡Luciano...!

LUCIANO. ¿Qué hay, pequeña?

GERMANA. ¿Tienes algún pesar?
¿Quién te ha enojado o te ha ofendido?

LUCIANO. *(Como quien despierta de un sueño.)*
Nadie. ¡Que ahora me pesa haber venido
y haber dejado la honradez del mar!
¡Allí nunca vivimos engañados;
allí no hay corazones emboscados,
ni más traiciones que la niebla incierta!
¡Allí se vive a cara descubierta,
pecho al aire, la luz por todos lados,
en la arrogancia de las naves,
desafiando al mar!

GERMANA. ¡El mar...!

(Lo ha dicho con tal acento de cosa prodigiosa que atrae la atención de Luciano.)

LUCIANO. Pequeña... ¿Tú no sabes
lo que es el mar?

GERMANA. ¿Un río?

LUCIANO. Que no tienes riberas
y se tarda un año en cruzar.

GERMANA. ¿Es tan grande...?

LUCIANO. Tan grande.

GERMANA. ¡Dios mío!
* ¿Y en su orilla, dejan lavar,
* o allí no hay pobres lavanderas?

LUCIANO. * ¿Cómo no? ¿Pues podían faltar
* hambre y trabajo donde fueras?
* Mientras la vida aliente
* todo trabaja sin cesar.

GERMANA. * Pero, siendo tan grande, en el mar habrá un puente
* para todo el que vaya a pasar.

LUCIANO. * No hay más puente que el cielo. ¿Quisieras
* ir a verlo?

GERMANA. * *(Pensativa.)*
* No tiene riberas
* y se tarda un año en cruzar...
* *(Con decisión.)*
* No. No quiero. Prefiero saber
* que existe ese río;
* pero nunca le quiero ver.
* ¡De seguro que no ha de ser
* más bello que el mío!
¿Está lejos de aquí?
¿Se podría ir andando?

LUCIANO. Andando, andando, sí;
pero Dios sabe cuándo
llegarías a él.

GERMANA. Pues ¿cuánto tardaría?
¿Unas horas? ¿Un día?
¿Un mes de caminar?
¿Un año? ¿Más aún? ¿La vida entera?

LUCIANO. Mucho tiempo de no descansar.

GERMANA. No creí que en el mundo pudiera
ningún sitio tan lejos estar.

LUCIANO. Y si luego, al llegar,
no le hallabas encanto,
o te era tan ingrato, como la tierra a mí,
no valdría la pena andar tanto.

GERMANA. Es verdad. No valdría. No me muevo de aquí.
En este rincón he nacido
y en él estaré cuando muera.

LUCIANO. ¡Todo tu mundo, reducido,
a una cabaña de hilandera!
Hoy pasé por allí. Tienes razón.
Bajo el verde dosel
que han tejido los tilos, es un bello rincón
para vivir y recluirse en él.
Viendo la choza, recordaba
nuestros juegos de niños, cuando yo te buscaba
y la vieja nos daba
rebanadas de nata y miel.

(Pausa. Contemplándola sorprendido.)

¡Cómo has cambiado!
Estás muy bella.
Eres... una azucena de los prados.
No pareces aquella
chiquilla inexpresiva
de los ojos parados.
¡Tu mirada es más viva
y tus labios están más encarnados!

(Ella ha bajado la frente y se ha encendido como una amapola.)

¿Nadie te ha dicho nunca que eras guapa?

GERMANA. Nadie.

LUCIANO. ¿Ni el agua transparente
de los regatos, ni la fuente
donde fuiste a beber?

GERMANA. Unicamente
hoy, al alzar la tapa
del pozo y asomarme
a su brocal para soltar el cubo,
no sé lo que pasó: fuí ó mirarme
y, de pronto, en el agua, me detuvo
alguien que me miraba desde el fondo
y que, no siendo yo, lo parecía;
como si fuera yo, que allá, en lo hondo,
por un milagro embellecía;

o como si una hermana
que yo desconociera,
vestida con mi traje de aldeana,
hermosa y pura, se me apareciera.
Ilusión... Ya lo sé... Por comprobar
si el rostro aquel se parecía a mí,
miré otra vez, y me volví a encontrar
vulgar y fea, como siempre fuí.

UCIANO. ¿Ignoras tú, pequeña,
que el oro rico y la esmeralde extraña
están envueltos en grosera peña
en el tosco filón de la montaña?
Lo mejor va por dentro. Es en la entraña
soterrada del mundo donde vive
la esencia de las cosas. Allí, el agua;
allí, el fuego; allí, el tallo de la raíz, recibe
sustancia eterna. Lo interior es fragua
donde se funde el oro que perdura.
Lo exterior es mudable como arena.
No des tanta importancia a la hermosura,
que es lo accesorio; lo esencial, ser buena.
Y tú lo eres. Hartas pruebas diste
cuando aquí, en Casa Grande, estuviste,
siendo niña, un verano.
¿Te acuerdas?

ERMANA. Sí me acuerdo. ¡Cuántas cosas
extraordinarias y prodigiosas
sucedieron.

UCIANO. Yo fuí tu tirano.

ERMANA. Pero yo obedecía y callaba,
y una cosa que tú dijeras
para mí del cielo bajaba.
Me parecía que tuvieras
derecho a disponer de nuestra vida.
¿Te acuerdas de una herida
que me hiciste, sin intención,
con un horquillo de hacinar la hierba?

(Remangándose el jubón.)

Mira bajo la manga del jubón
la cicatriz. Aun se conserva.

UCIANO. Tiene forma de cruz.

ERMANA. Pues yo diría
un corazón.

UCIANO. Yo, una corona.
¿Me has perdonado ya?

ERMANA, ¿Quién no perdona?

(El la retiene suavemente. Ella pugna por soltarse.)

Suelta la mano.

UCIANO. *(Sin soltarla aún.)*

No creía
que pudieras tener
un brazo así, tan bello.

GERMANA. Ya basta para ver
la señal de la herida.
(El la ha soltado. Ella prende el botón del puño.)
LUCIANO. ¿Te abrocho?
GERMANA. Puedo yo.
LUCIANO. ¡Qué malo fuí contigo!
GERMANA. No. Tú, no.
Los mozalbetes de la aldea.
A ti jamás se te ocurrió
hacer daño. A ellos, sí. Tenían mala idea.
Me llamaban la tonta. Me insultaban.
Y yo me defendía en la pelea.
Pero ellos me podían, y acababn
haciéndome llorar.
LUCIANO. Y, sin embargo,
tú, a cada prueba de maldad,
nos tenías más lealtad.
¿No te quedó recuerdo amargo
de tanta y tanta crueldad?
GERMANA. Por eso no quería
volver a Casa Grande.
(Pausa.)
LUCIANO. Y tú, ¿cuándo te casas?
GERMANA. No tengo quien me quiera.
Yo soy como esas flores polvorientas y rasas
que hay en los bordes de la carretera.
Aunque a su paso están, nadie las ve;
las pisan, las aplastan con el pie;
pero nadie las mira ni las corta.
¡Yo nunca dejaré
de ser la pobre flor que a nadie imporata!
LUCIANO. * Eso no. La semilla no es nada,
* y va creciendo en el surco mullido
* hasta ser espiga dorada;
* luego, trigo, en la muela, molido,
* y harina blanca y pan después;
* y aquel grano de mies
* que entre los surcos, tímido, crecía,
* vemos más tarde que, en el Cáliz, es
* la Santa Forma de la Eucaristía.
* La gota de agua menuda,
* lágrima suelta del venero,
* apenas licor que trasuda
* por la roca del manadero,
* se hace charco, rebasa el hoyo,
* salta, corre, se engrosa al correr,
* se convierte después en arroyo;
* caudal de río viene a ser;
* y, ya transformada en río,
* crece y aumenta sin cesar;
* ¡ lo que era un hilillo frío
* acaba luego siendo el mar!
* Mira el cielo. Le sale una mancha.
* Apenas parece un bellón.

* Sopla el viento, le acerca, le ensancha,
* le convierte en un vedijón;
* el vedijón se hace madeja;
* la madeja, maraña después,
* y la maraña, luego, es
* tromba de agua que no deja,
* cuando descarga sobre el suelo,
* árbol derecho ni fruta madura;
* ¡y lo que era un lunar en el cielo,
* es una nube terrible y obscura!
* Así todo. ¿Por qué no has de ser
* algo más que una estéril semilla
* que no llegara a florecer?
* Has de ser bondadosa y sencilla;
* ¡pero has de ser, sobre todo, mujer!

(Pausa. Ella calla.)

¿No te has enamorado? ¿No has sentido
una fuerza que te haga crecer?
¿Esa energía, ese poder
que nos infunde el ser querido?

GERMANA. *(Como ante una rebelación.)*
¡Eso sí! ¡Eso sí lo he sentido!
Ahora me lo haces comprender.
¡Una fuerza! ¡Un poder desconocido
que de mí hace otra mujer!

LUCIANO. ¿Quién te lo infunde?

GERMANA. ¡Qué más da!
Lo que importa es que lo haga sentir
Y yo me siento revivir.
Dijiste bien. ¡Soy otra ya!
Entre las cosas que me traje
de la choza, conservo una
con más cariño que ninguna.
Es una estampa. La de un paje
que representa la ilusión.
Lleva una pluma en el sombrero,
lleva una espada de guerrero
y la mano en el corazón.
Yo hablo con él. El me responde,
y algunas veces le sonrío
porque le veo sonreir.
Sé que me espera... No sé dónde.
Sé que soy suya y él es mío
y que algún día ha de venir.
Hace unas noches, justamente,
soñé con él;
y, lo que fué más sorprendente
del sueño aquel:
era mi paje y no lo era.
Yo no sé a quién se parecía.
Era tal vez una quimera.
Era el Amor, que sonreía
para que yo le sonriera.

Alucinada, al despertarme,
busqué la estampa en su escondite,
y—el prodigio que se repite—,
como en el pozo, al asomarme
a comprobar si embellecía,
el sueño aquel se deshacía;
la estampa estaba en su rincón
y el paje antiguo aparecía
con la mano en el corazón
No era otro. Era él. Lo sé.
Pero yo, desde entonces, le veo
como al otro... Y, no sé por qué,
No quiero verle y lo deseo.
Esta noche la romperé.

LUCIANO. No la rompas, pequeña... ¿Quién sabe
leer los sueños, descifrar
su contenido, hallar su clave?
Tal vez un día el sueño acabe
por donde hubo de empezar.

GERMANA. *(Iniciando el mutis.)*
Hemos hablado demasiado.
Yo desatiendo mi quehacer.

LUCIANO. Oye, pequeña... ¿Te ha contado
Berta si tuvo algún querer?
Cuando ella sea mi mujer,
¿me hará feliz o desgraciado?

GERMANA. Yo no lo sé... Pero si un día
fuese contigo mala o te dejase,
sería porque no te merecía,
y, a tiempo todavía,
Nuestro Señor te la quitase.
Lo que ha de ser
será para hacerte dichoso.
Y tú lo has dicho ya:
lo esencial no es ser guapa ni ser fea.
¡Lo que importa es que sea
el corazón lo más hermoso!

(Se va a la casa. Fuera ya es noche cerrada.)

LUCIANO. *(Solo. Para sí.)*
¡Alma sencilla!

(Por la huerta entra PABLO.*)*

PABLO. *(En la puerta.)*
¿Puedo entrar?

LUCIANO. Adelante.
(Al verle.) ¿Eres tú?

PABLO. Señor Luciano...

LUCIANO. *(Con extrañeza.)*
¿Desde cuándo, señor?
¡Tratarme así un amigo que fué como un hermano!
¡Los brazos, Pablo!

PABLO. Es mucho honor.
La mano.

LUCIANO. Pues la mano.
(Pausa. Se dan la mano rudamente.)
¿No sabías
que estaba aquí?
PABLO. Desde hace días,
LUCIANO. ¿Y hasta hoy no has venido? ¿Por qué?
PABLO. Temía...
LUCIANO. ¿Qué temías?
PABLO. Que no me recibieras.
LUCIANO. Te busqué
por todas partes.
PABLO. Me lo han dicho.
Y por eso ha sido el venir:
para darte las gracias por ir
a verme.
LUCIANO. ¿Nada más? ¿Qué callas? ¿Qué mal bicho
te ha picado? ¡Contesta!
PABLO. Yo
no te puedo engañar.
¿Crees en mí? ¿Cabe dudar?
de que te quiero?
LUCIANO. No.
PABLO. Pues vamos a hablar claro.
LUCIANO. Ya tardas.
PABLO. He venido
para evitar que alguien te diga
lo que yo, cara a cara, como entiendo que obliga
la lealtad que siempre nos ha unido,
debo decirte.
LUCIANO. ¡Pablo!
PABLO. Espera. Sabes
que por ti hubiera yo dado la vida.
Juntos en nuestros juegos de infancia; ya, más graves
juntos en la partida
de la bolera y en los amoríos;
juntos para rondar y figurar
en festejos y danzas,
tus desengaños eran míos,
eran mías tus esperanzas.
Una vez, en la nieve, te arranqué
de las garras de un oso;
un día, en un acoso,
de jabalíes, te encontré
herido en un barranco.
LUCIANO. Ya lo sé.
No lo olvido.
PABLO. Yo, sí. Recuerdo todo esto,
no para despertar
tu gratitud; sí para demostrar
que, hasta hoy, siempre estuve en mi puesto.
Tú eras el amo; yo, el criado.
Tú, la razón que dirigía;
yo, la fuerza que obedecía.
Tú, el que pagaba; yo, el pagado.

LUCIANO. ¿Y la amistad?

PABLO. Esa me hacía
ser como un perro. ¡Me hubiera dejado
matar, por ti, con alegría!
Pero hoy las cosas han cambiado.
Y como te respeto todavía
y te sigo queriendo como ayer;
para evitar que un día
te llegue a aborrecer
por lo que no es posible impedir ya,
debo decirte: Lo mejor será
que no nos volvamos a ver.

LUCIANO. ¡No te comprendo, Pablo! ¿Qué ha podido
separarnos?

PABLO. Una mujer.
Tú, la quieres; yo, la he querido.
Tú, te la llevas; yo, no la olvido.
¡Y si otro, que no tú, fuera su dueño,
mi cuchillo de cazador
se clavaría en él, como en un leño
clava su hacha el leñador.

LUCIANO. Me haces dudar.

PABLO. ¿De su pureza?
No es posible dudar.
Tiene su guardador en su aspereza.
De mí, tampoco. Pretendí ganar
su amor; no, cometer una vileza!
Pero como la quiero todavía
y de su hechizo estoy sujeto,
a ti, porque eres tú, te la respeto

LUCIANO. ¿A otro?

PABLO. ¡Se la robaría!

LUCIANO. ¿Tanto la quieres?

PABLO. Ella será mi perdición.

LUCIANO. Te compadezco.

PABLO. ¡No, Luciano!
¡No quiero compasión!
Ya ves... Desde que entré, pretendo, en vano,
dominar mi deseo de encontrarla
y de hablarla y... No sé. ¡De estrangularla!

LUCIANO. ¡Pablo!

PABLO. Perdóname. Ya me voy. ¡Si la veo
ni tu respeto, ni su bien, ni nada,
podrá contrarrestar este deseo
que siento en mí, como una llamarada!
Acaso ha de volver
a serenarse el río de mi vida.
Dicen que el tiempo cura. Puede ser.
Tú, mientras, goza en paz, ama y olvida.
Pero vigila. Observa con cuidado.
Berta ya no es la misma. La ha hechizado
algo ajeno a nosotros. Yo no sé
qué sea, ni por qué.
Sólo sé que está ausente de todo y que ha cambiado

Tú, que eres su guardián, mira por Berta.
Yo vine a prevenirte, nada más.
Y adiós, Luciano.

UCIANO. *(Secamente.)*
Adiós.

ABLO. *(Medio mutis.)*
Ya estás alerta.
¡Hasta que quiera Dios!

UCIANO. ¡O Satanás!
(Vase Pablo.)

UCIANO *(Solo.)*
¿Es posible, Señor? ¿Todo, a mi lado,
han de ser asechanzas? ¿No ha de haber
un solo corazón limpio y honrado?
(Viendo llegar a Germana.)
¿Sólo tú, pobre niña, me podrás comprender?
(Sale GERMANA. *Se dispone a preparar la mesa. Mientras habla, extiende el mantel, coloca los platos, etc.)*

ERMANA. ¿Hablas solo?

UCIANO Es que sufro.

ERMANA. ¿Por qué?

UCIANO. Ya lo sabrás.
¿Y Berta?

ERMANA. Está rezando sus plegarias.
(Al ver que Luciano hace intención de irse.)
¿Te vas?

UCIANO. A buscar el sosiego. A respirar
el aire puro... y a orear la frente.

ERMANA. La mesa espera.

UCIANO. Inútilmente.

ERMANA. ¿No cenarás?

UCIANO. No. Solamente
quiero estar solo y olvidar.
A Román dile, cuando traiga el coche,
que lleve a los amigos al Casar,
pero que yo no voy.
(Se va por la puerta del jardín.)

ERMANA. *(Sola.)*
¡Quién te pudiera dar
el sosiego que pides, esta noche!
(Sale BERTA.)

ERTA. ¿Y Luciano?

ERMANA. Salió.

ERTA. ¿Adónde fué?

ERMANA. A soñar.

ERTA. *(Escuchando.)*
¿Llaman?

ERMANA. Por la calleja.

ERTA. Ve quién sea.
(Pusa. Germana se va al interior de la casa.)

ERTA. *(Sola.)*
¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío, qué tormento!
Desde que sé de él, no hay un momento
que no esté esclava de la misma idea:

¡Irme! ¡Dejar esta prisión!
(Vuelve GERMANA *con una carta.)*
¿Quién era?

GERMANA. El peatón.
Hay carta para usted.

BERTA. *(Vivamente emocionada y bajando la voz.)*
¿Carta? ¡Dame en seguida!
(Pausa. Germana la da la carta. Berta se acerca al v y lee con ansiedad.)

GERMANA. ¿Es de él?

BERTA. Sí.
(Pausa. Berta lee. Germana, instintivamente, mira torno si viene alguien. Al acabar la lectura, Berta h apoyarse en la mesa para no caer desvanecida. Germa acudiendo en su ayuda.)

GERMANA. ¿Qué tiene?

BERTA. ¡Que se me va la vida!
Pero no me preguntes por qué.
(Guardándose la carta en el pecho.)
Ya es cosa decidida.
Me voy.

GERMANA. ¿Será posible?

BERTA. Sí. Me llama:
Se redimió del mal. Sufre. Me ama
y cumple la palbra prometida.
Unos años de dura expiación
amansaron las aguas de su vida azarosa.
El loco aventurero mudó de condición.
Ya es honrado. Ya es digno de que sea su esposa.
Me voy.

GERMANA. *(Atónita.)*
Pero Luciano...

BERTA. Si es mejor. Por su bien.
Yo le quiero también,
aunque como a un hermano,
y no debo labrar su desventura.

GERMANA. ¡Pobre! ¡Pobre de él!

BERTA. Me marcharé mañana.
Tú, pequeña, procura
aliviar su dolor.

GERMANA. *(Con angustia.)*
Pero ¿y si no se cura?

BERTA. Eso depende sólo de tu bondad, Germana.
¡No hay poder en el mundo que iguale al del amor!
(Se va. Pausa. Germana, sola. Abrumada bajo lo ella considera una catástrofe, no sabe qué hacer. Prin quisiera llorar. Luego protesta con toda la pequeña dignación de que ella es capaz.)

GERMANA. ¡Se irá! ¡Nadie podrá
impedir que se marche! ¡Pablo! ¡Luciano! ¡Ya
sois iguales los dos!
¡Pero más vale así, si en ello está
la voluntad de Dios!
(Se dirige al mueble donde están los dos retratos de

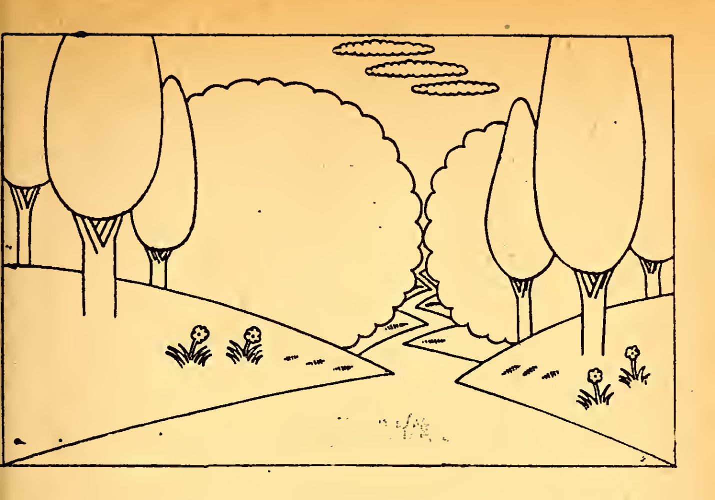
ciano, como para contárselo todo, y, pegadita a él, humildemente, como ante un confesionario, va hablando, entre sollozos, hasta caer de rodillas, primero; derrumbada en el suelo, después.)

¡Luciano! ¡Ella te deja, y yo me muero
de pensar tu dolor!... Sólo quiero
que te cures pronto de él.
Si con ello lograrlo pudiera,
¡con qué gozo mi sangre vertiera
por curarte la herida cruel!
¡Oyeme, mi señor y mi dueño!
Mientras ella te deja, yo sueño
con estar a tu lado y llorar.
Pura soy como el copo de nieve,
y en mi amor hacia ti no me mueve
el que tú me puedas amar.
Sólo quiero que seas dichoso,
sólo quiero que vivas gozoso,
sólo quiero librarte del mal.
¡Y después tenderme a tu puerta
y, en silencio, quedarme muerta,
como haría un perro leal!
¡Oyeme! ¡Tu aflicción me tortura
y me siento morir de amargura
porque sé que te llamo en vano!
¡Oyeme, que me siento morir
por tu causa y no sé decir
más que un nombre: ¡Luciano! ¡Luciano!

(Germana cae. La luna entra desde el huerto a iluminarla.)

TELÓN RÁPIDO





ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Telón corto. Un gran bosque de leyenda,
sombrío, espeso y apartado.
El escenario es una senda
que lo cruza de lado a lado.
Obscurece, y entre las ramas,
allá lejos, donde confina,
un resplandor de vivas llamas:
el padre Sol que su frente inclina.

Sentada en una piedra del camino,
Germana toma fuerzas. En la mano
el hatillo de ropas con que vino
cuando iba a casa de Luciano.
Sufre... La caminata
ha sido larga. Lentamente
se irá apagando la fogata,
hasta hacer noche del Poniente.

GERMANA. ¡Vuelve, sapito ruin, a tu agujero!
¿Cómo osaste elevarte hasta la luna?
¡Vuelve a andar nuevamente este sendero
que no conduce a parte alguna!
Vuelve a ser otra vez lo que solías.

(Se levanta.)

Ve a la cabaña... Cuando
ibas a Casa Grande por esta misma senda,
¿quién pudo sospechar que volverías
más triste aún?... Pero prosigue andando,
antes de que la noche te sorprenda.
(Da un paso. Se detiene. Alguien viene por el lado opuesto.)

¿Quién viene?

(Pausa. Sale SILDA, *que va en sentido contrario. Germana, al verla.)*

¿Tú?

SILDA. *(Sorprendida a su vez.)*
¡Germana!
¿En el bosque perdida
a estas horas? ¿No oíste la campana
llamando a recogerse? ¿A dónde vas?

GERMANA. No sé... Donde la vida
me lleve.

SILDA. ¿Ya no estás
en Casa Grande?

GERMANA. No.

SILDA. ¿Te despidieron de ella?

GERMANA. Me he despedido yo.

SILDA. ¿Por qué?

GERMANA. No estaba a gusto. Me vuelvo a mi cabaña.
Agradecida, sí... Pero a gozar
de su reposo. No sé estar
en otro sitio.

SILDA. No me extraña.
¡Así, no se prospera!
En cuanto a la cabaña, se cerró.
No hay nadie en ella.

GERMANA. ¡Cómo! ¿Y la Hilandera?
¿Le ha sucedido algo?

SILDA. Se marchó
a vivir con nosotros.

GERMANA. ¿A dónde?

SILDA. A la alquería.
Desde que nos casamos, Pablo lo pretendía.
Al fin la convencimos... y allí está.

GERMANA. ¿Y la choza...?

SILDA. Cerrada a piedra y lodo,
abandonada ya.

GERMANA. ¡Cómo ha cambiado todo!
Entonces... ¿yo no tengo dónde ir?
¿Me tendré que buscar nuevo acomodo,
si no quiero morir?
¡Cuánto mejor sería!

SILDA. *(Con asombro.)*
¿Morir?

GERMANA. A ti te extraña
porque la vida te parece buena.

Pero yo, sin albergue en la cabaña,
teniendo que vivir de la piedad ajena,
siempre sola, a rodar
de casa en casa sin cesar,
pienso que no vale la pena
este constante ajetrear.
¡Cuánto mejor sería,
a mi entender, dormirse un día,
y no volver a despertar!

.DA. Con tu cabeza loca, puede ser. Sirves casa
donde tantas quisieran servir;
te pagan bien; te estiman; no se te pone tasa
para entrar y salir;
en el pueblo se dice que estás a pedir boca,
que eres casi la dueña
de Casa Grande... y tú, con tu cabeza loca
la dejas y te vas.
¡No te entiendo, pequeña!
¡No sé qué quieres más!
(Pausa.)

LDA. ¿Y Berta? ¿Os escribió?

ERMANA. Por lo visto, la audacia de aquel hombre llegó
a prometerla cosas que luego no cumplió.

LDA. ¿Pero no se han casado?

ERMANA. Sospechamos que no.

LDA. ¿Entonces, ella...?

ERMANA. No sabemos
nada seguro... Suponemos
que arrastra su vergüenza dominada por él.
Y esto, para Luciano, fué el dolor más cruel.

LDA. Pero ya la olvidó. ¿Aun no se hace a la mar?

ERMANA. Dejaría de navegar
a poco amor que le ofreciera
una muchacha del lugar.

LDA. Y haría bien. Fortuna tiene
para vivir, en cuanto quiera,
sin trabajar.
(Con malicia.)
Prueba, tú...

ERMANA. ¿Yo?

ILDA. Sí, Flor de Tilo.
¡Ay! ¡Perdóname! Ahora,
con tus hábitos de señora,
no querrás que se diga ese nombre.

ERMANA. Sí. Dilo.
Es mi orgullo.

ILDA. No te comprendo.
En el pueblo ya se comienza
a decir lo que yo me entiendo...
Que tú y Luciano...

ERMANA. *(Digna.)*
¡Eso es mentira!
¡Suposiciones de la gente!

SILDA. Puede ser... Mas, si bien se mira,
¿Cómo, estando tan ricamente,
sirviendo allí, te has despedido?

GERMANA. Precisamente, para eso.
Para evitar que se figuren
lo que no ha sido.

SILDA. ¡Ay, Germana, qué poco seso!
Ahora será cuando murmuren.
¿No comprendes que te has vendido?
Pero, si quieres, justamente,
yo necesito una mujer
que me descanse y me regente.
Mejor que tú, nadie ha de ser.
Te emplearé en la granja. Pablo se alegrará
de tenerte a su lado.
Pablo te quiere mucho.

GERMANA. Más que yo, no será.

(Pausa.)

¿También Pablo ha olvidado...?

SILDA. ¿Cómo no, estando yo junto a él?
Ya le verás... Se ha transformado.
Y la granja, también... He comprado
el viñedo de Don Rafael,
el molino de la Canuta,
y la colmena de Restituta,
que da veinte arrobas de miel.
Junto al pajar hemos alzado
un taller de carretería;
y aunque siempre esté atareado,
para él, la mayor alegría,
es tener un momento de holgar
en que poder ejercitar
el oficio que antes solía...
*Se levanta al rayar el día
*y recorre toda la hacienda.
*A éste saluda... A éste reprende.
*No hay faena de que no entienda
*ni cuidado que a otro encomiende.
*Cuando aparece en el establo,
*mugen alegres los terneros,
*como diciendo: «¡Aquí está Pablo!»
*Y las aves en los gallineros,
*cacarean al verle llegar.
*«¡Es el amo, que viene a veros!»,
*dicen los gallos al cantar.
*Y bajo el sol, de la mañana,
*que es claridad y resplandor,
*todo pregona en la solana
*nuestro amor.
*Ya ves... Tan solo en la alquería,
*nos faltaba una cosa: un hijo.
*Y ya, tampoco. Dios me dijo
*que para mayo lo tendría

*y hoy, por dichosa que otra sea,
*igual que yo, no lo ha de ser.
*Así murmuran en la aldea:
*«¡Qué suerte tuvo esa mujer!»

(Transición.)

En fin, ve a la alquería.
Yo bajo al pueblo. Di a la Hilandera
que te haga sitio en la panera.
Dormirás en su compañía.
Ten cuidado al pasar el sendero
que sepentea el barrancón.
Con la lluvia, está malo. Se va un pie
y al precipicio te despeñas.
Yo con trabajo lo pasé.
La tierra huye, entre las breñas.
Donde pones la planta se hunde el piso
y oyes rodar los cantos... Te podría
ocurrir un percance. Te lo aviso
para que vayas antes de que se acabe el día.

GERMANA. ¿Y tú, volverás sola?

SILDA. Pablo espera
en el pueblo. Fué al parador.
Regresaremos por la carretera,
que, aunque más largo, está mejor.
Vaya, adiós... Que ya el sol se ha escondido
y hoy no hay luna. Ve presurosa.
No te detengas. Aun queda que andar
y la noche será muy obscura.

(Vase Silda. Germana sola.)

GERMANA. ¡La noche! No la temo, ni me apura.
¿Qué puede ocultar
en su vientre de sombras, su negrura?
¿La alimaña feroz? ¿El lobo hambriento?
¿La casita de la hechicera?
¿La cueva del dragón a donde el viento
con su aullido angustioso me atrajera?
¡Ojalá me llevara y no volviera!
¡Que me devore el lobo! ¡Que el dragón
me tenga encantada en su cueva!
¡Si estos peligros son
los que la noche lleva
como guardia, consigo,
no me asustan, Casilda! ¡Los bendigo,
porque ellos serán mi salvación!

(Pausa.)

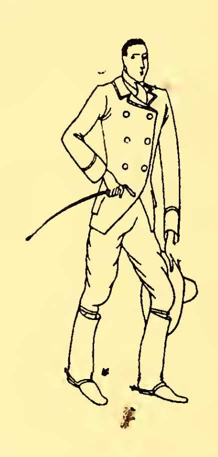
La cabaña, sin Hilandera.
Silda, feliz... Pablo, casado.
Yo a la merced de lo que quiera
la vida hacer de mí. ¡Todo ha cambiado!
¡No! ¡No he de ir! ¡Mejor errar
constantemente a la ventura!

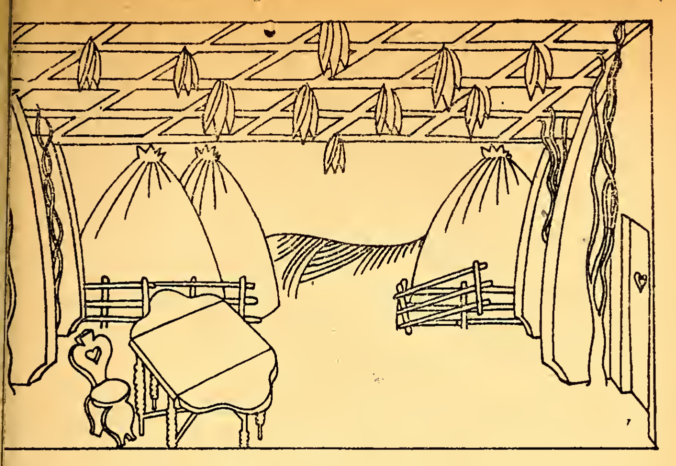
(Pausa. Como si oyera el viento.)

¡Ya el bosque empieza a murmurar
la canción de la noche obscura!
(Da un paso.)
Vagaré por él... Dormiré
arrullada por su canción.
(Haciendo mutis.)
¿Adónde ir, ni para qué,
si a nadie inspiro compasión?

(Hace mutis. La noche ha cerrado.)

TELÓN





CUADRO SEGUNDO

Rostand pintaría la escena
presidida por Chantecler.
Una granja, entre campos de avena
empezados a recoger.
Es el patio. La casa, cubierta
por las hiedras y las glicinas.
Empalizada a un prado abierta.
Gran cacareo de gallinas.
El establo se ha de mostrar
con su techo cubierto de paja.
Los aperos de trabajar
apilados. Hoy no se trabaja.
Es el santo de la granjera
y, solaz de la gente pobre,
el sol, lo bruñe todo, cual si fuera
la campiña un cacharro de cobre.
Euforia de día estival.
Sol de agosto, que dora y abrasa.
Un graznido de pavo real
y unos zuecos de alguien que pasa.
Tras de las tapias, los hacinos
rematados por una cruz.
A lo lejos, blancos caminos
que parecen regueros de luz.
Verdegay en los bosques cercanos,
y en el olmo, que al patio procura
sombra espesa de grata frescura
sobre un banco de piedra. En los vanos
los rastrillos y las regaderas.

Tras la carreta derrumbada
se oye el mugir de una vacada.
¡Balan chotillos y terneras!
Las vasijas para ordeñar
apiladas en un rincón.
¡Cuanto sirva para ambientar
esta ingenua decoración!
Espantapájaros... Erguido
en el tejado de la casa,
un gallo de madera, que se abrasa
arrogante y envanecido.
No podía el emblema faltar
en el patio de una alquería.
Como tampoco convendría
olvidarse del palomar.
Sobre todo, que tenga alegría
y poesía
y emoción...
Es el tiempo de recolección
y ha de oler a campo y aldea
casi antes que el público vea
que se está levantando el telón.

(En escena PABLO *y varios* ALDEANOS.)

PABLO. ¡Apartad las carretas del prado
y haced hueco para bailar!
¡Tú, Cirilo, vete a buscar
un tonel! En la cueva, apilado
en diez cubas de vientre curvado
por la maza del tonelero,
está el vino mejor que han pisado
mis viñadores. ¡Convidaros quiero!
¡Y que venga a bailar la aldea entera!
¡Y que llegue a beber todo el lugar!
¡Que es el santo de la granjera
y mi rumbo se ha de probar!
(SILDA, *asomándose a una ventana de la casa.)*

LINO. Mientras que suben el tonel
ya trae un jarro, Catalina.
¡Eso es un ama!

PASCUAL. ¡Buena y fina!
(Silda se retira de la ventana. Cirilo ha hecho mutis a la casa.)

PABLO. ¿Trajisteis música?

LINO. Miguel
habrá traído su ocarina.

MIGUEL. ¿Iba a perder esta ocasión?

PASCUAL. ¡Y el tamboril, el pregonero!

LINO. ¡Sólo faltaba que el barquero
se acordara de su aristón!
(Pausa. Ha salido CATALINA, *criadita zafia, con un jarro y vasos. Pablo sirve y reparte.)*

IGUEL. ¡A la salud del amo bueno!
ASCUAL. ¡Dios le colme de bienes sin tasa!
INO. ¡Porque el trigo, la avena y el heno
no quepan en las trojes de la casa!
ABLO. ¡Por Casilda!
ASCUAL. Para que siga
tan feliz.
IGUEL. ¡Porque cien años tenga!

(CIRILO *saliendo de la casa con un tonel que deja apresuradamente en el suelo para coger su vaso y decir.)*

IRILO. ¡Por Casilda... y por lo que venga!
¡Si es varón, que Dios lo bendiga!
ASCUAL. ¿Y si es hembra?
IRILO. Con mayor razón.
INO. ¡Siendo retoño de tal espiga,
no se admite más que varón!
ABLO. ¡Bien dicho! ¿Y las mujeres?
IGUEL. En la casa.
ASCUAL. A festejar a la granjera
y a saludar a la pavera.
IGUEL. ¡Tú siempre el mismo!
ASCUAL. ¿Pues qué pasa?
IGUEL. Que ya la erraste, Pascualón.
Si mejoró de condición,
no la llames de esa manera.
IRILO. ¡Tiene razón!
INO. ¡Bien guapa está!
ASCUAL. ¡Con lo simple que parecía!
¡Perdone el amo!
IGUEL. ¡Si a mí ya
me da respeto! No sabría
hablar con ella.
IRILO. Ni yo apaño.
ASCUAL. Ni yo.
INO. Ni yo.
ASCUAL. ¡Nadie, en la aldea!
¡Y cuidado que estaba fea
la pobre, antaño!
INO. Pues ahora impone un señorío
y una dulzura natural,
que manda sólo con los ojos.
IRILO. Cual
si nunca hubiera, por el río,
ido descalza al pedregal.
PASCUAL. ¡Para decirla que hoy viniera
a pescar truchas, otra vez!
MIGUEL. Pero es la misma, aunque prospera.
No tiene orgullo ni altivez.
PASCUAL. ¡Eso es verdad! ¡Sigue tan llana!
Y no hay dolor que no la ablande
¡Gran corazón el de Germana!
LINO. ¡Por algo estuvo en Casa Grande!

(Pablo los escucha complacido y sonríe.)

CIRILO. *(Cargando nuevamente con su tonel.)*
En fin... ¡al prado!

PABLO. A disponer
lo que se ha menester para bailar.

PASCUAL. Para bailar no ha menester
más que unas piernas que mover
y una mujer a qué abrazar.

PABLO. ¡Y que perdone la mujer,
la manera de señalar!

(Entre todos apuñean a Pascual. Se van por la em lizada. Pablo también. Pausa. Sale la HILANDE *Parece rejuvenecida. Viste mejor. Dejó la rueca y de un lado para otro, entretenida con los bichos corral.)*

HILANDERA. *(Dirigiéndose al gallinero.)*
¡Qué buena ponedora es la pintada!
¡Y juraría que cantó!
(Mira en el gallinero.)
No... Pues no ha puesto nada.
Es la primera vez que me engañó.

(Traía una cazuela con salvado que empieza a a jar a las gallinas. En esta tarea la sorprende el B QUERO, *que viene del campo. También está alegre, p más viejo y más pobre. Sólo la alegría del sol le comu ca un falso regocijo. Colgado al cuello trae su v aristón, mitad organillo, mitad caja de música.)*

BARQUERO. ¡Dios guarde a la Hilandera!

HILANDERA. ¡El proteja al Barquero!
¿Qué le trajo del río?

BARQUERO. Alegría festera
El sol, que se derrama
y de otero en otero,
corre, como una llama
que incendiase la mies.
Me retozaba el corazón
y, al sentir su alborozo,
dije a los pies:
«Buena ocasión!
¡Vamos allá, muchachos!» Me eché al hombro el zur
y aquí me tiene usté, como un buen mozo,
con mi alegría y mi aristón.

HILANDERA. Así me gusta.
(El Barquero ha dejado su aristón. La Hilandera of ciéndole de la jarra que ha quedado en el banco.)
Beba.

BARQUERO. *(Aceptando.)*
Se agradece.
Vengo muerto de sed.

HILANDERA. Es natural.
(Pausa. El Barquero después de beber.)

BARQUERO. Comadre... No pare
que en la alquería se esté mal.

HILANDERA. No, señor.

BARQUERO. ¡Ya se ve!
'Si vende usté salú!

HILANDERA. No tanto.

BARQUERO. ¡Digo!
¡Comadre! ¡Anímese a casarse conmigo!

HILANDERA. *(Escandalizada.)*
¡Compadre! ¡Calle usté!
¿Dejó en sazón que se agostara e ltrigo
y ahora quiere espigar la barbechera?

BARQUERO. ¡Los desengaños, Hilandera!

HILANDERA. ¡Vaya! ¡Estése formal y hable como un amigo!
¿Qué diría la gente si nos viera?

BARQUERO. *(Sentándose.)*
Gana tengo de hablar. ¿Y la pavera?

HILANDERA. Fuerte ya, como un roble.

BARQUERO. La salud
que siempre tuvo, le ha valido.

HILANDERA. ¡La salud... y la juventud!
¡Con la sangre que había perdido,
milagro fué su curación!

BARQUERO. En el pueblo no se habla otra cosa.

HILANDERA. ¿Y qué dicen?

BARQUERO. La gente maliciosa
no carece de imaginación:
Que si el caer al barrancón
la pavera, habrá sido, o no sido, casual...
Que si el camino no estaba tan mal...
Que el accidente es pura ficción.
Y yo tampoco he visto claro.
¿No la parece raro
que habiéndose encontrado
con Silda en el sendero,
y habiéndola avisado,
no tuviese, al pasar, más cuidado?

HILANDERA. Sí. Mas por otro lado,
yo también considero
que la noche era obscura;
y asustada la pobre criatura,
creyendo que eran lobos los aullidos del vi nto,
bien pudo suceder que resbalara
y por el barrancón se despeñara
cuando era mayor su aturdimiento.
Lo cierto es que, al llegar
mis hijos de la aldea y advertir
que Germana no había venido,
no se quisieron acostar
sin saber qué podía haberla sucedido.

BARQUERO. ¿Y qué hicieron?

HILANDERA. Mi Pablo se decidió a salir
con tres hombres provistos de teas encendidas,
y tras de registrar
y bajar y subir
por trochas y veredas exponiendo sus vidas,

la hallaron en el monte, despeñada
en el fondo del barrancón,
sin que pudieran deducir, por nada,
si fué casual o de intención.

BARQUERO. ¿Y usté no cree que Luciano...?

HILANDERA. Yo nada creo.

BARQUERO. Pero nada niega.

HILANDERA. Después de todo es muy humano.
Quien carretea, vuelca... Y si se agrega
el interés que demostró el marino
en venir a saber de la infeliz...

BARQUERO. *(Interesadísimo. Acercando más su taburete.)*
¡Ah, vamos! ¿Luego... vino?
Esto ya va tomando buen cariz.
¡Cuente! ¡Cuente!

HILANDERA. ¡Luegon dirán
que si somos curiosas las mujeres!
¡Pero hay algunos hombres...!

BARQUERO. Comprenda usté mi afán.
No soy persona entrometida.
Mas Germana y Luciano son de los pocos seres
a que tomé cariño, en esta vida.

HILANDERA Eso es verdad... Pues cuento:
¡Sí, señor ¡Vino a verla! ¡Y a decir
a Pablo y a Casilda, que él, desde aquel momento,
corría con los gastos! Que se hiciera venir
de la ciudad, un cirujano;
que se la habilitase otro aposento
—pues dormía conmigo donde se guarda el grano—;
que la dieran buen alimento,
y que no se tasara cosa alguna
para su más completa curación.

ARQUERO. ¡A lo mejor ha hecho su fortuna
arrojándose al barrancón!

HILANDERA. No sé... Porque, después, las cosas se han torcido.
Ella cobró la lucidez,
y el Ama y la Señora, sí, han venido
alguna que otra vez.
Pero él no ha vuelto más.
(Pausa.)
¿Y su barca?

BARQUERO. Allí está.
Abandonada de la gente.
Desde que dieron fin a las obras del puente,
todos cruzan por él. Ya nadie va
a cruzar en mi barca.

HILANDERA. ¿La pintó?

BARQUERO. Barnizada la tengo y preparada
para la boda de Luciano... Yo
cumplo lo que prometo. Y una palabra dada
me obliga para siempre.
(Viendo a GERMANA *que sale de la casa con* SILDA *y varias* ALDEANAS.*)*
¡Aquí está la pavera!

SILDA. *(Extrañada.)*
¿Pavera?
GERMANA. No te asombre.
Aunque un reino me diese una hechicera,
no me avergonzaría de ese nombre.
El me recuerda mis mejores días.
SIMONA. *(Al Barquero.)*
¿Vino al baile?
BARQUERO. ¿Qué hacer?
PAULA. Anda en todas las romerías.
DOMINGA. A la vejez quiere correr
lo que estuvo parado.
BARQUERO. Hijitas mías:
¡a la vejez también hay que comer!
Con el puente, ya nadie cruzaba en mi lanchón
y tuve que cambiar de oficio. No me muero,
gracias al aristón,
que me vendió en la feria un pordiosero.
(AMA CÁNDIDA. *Luego*, PABLO.)
CÁNDIDA. ¡La bendición de Dios sea en la casa,
que tantos bienes atesora!
(Pausa. Todos se vuelven. Silda y Germana acuden a su encuentro.)
GERMANA. *(Muy contenta.)*
¡Ama Cándida!
SILDA. ¡Ama!
CÁNDIDA. *(Muy sofocada.)*
¡El sol abrasa!
(A Silda.)
¡Mis parabienes y de la Señora!
Acabada la misa, dije, vamos ya.
Emperezada luego me sería
peor.
SILDA. ¡Dios se lo pague!
CÁNDIDA. ¿Y Luciano? ¿No está?
SILDA. No, señora.
CÁNDIDA. Pues dijo que vendría.
GERMANA. *(Emocionada.)*
¿Luciano, va a venir?
CÁNDIDA. A deciros adiós.
GERMANA. *(Sobresaltada.)*
¿A decirnos...?
PABLO. *(Que ha salido momentos antes.)*
¿Se va?
CÁNDIDA. *(Compungida.)*
Vuelve a su nave.
PABLO. ¿Cuándo?
CÁNDIDA. Mañana mismo.
GERMANA. *(Para sí.)*
¡Santo Dios!
CÁNDIDA. En realidad, ya es tiempo que la licencia acabe.

Si retrasara un dia su regreso
perdería la plaza.
(A Germana.)
¿Y tú, lo sientes?

GERMANA. Y ustedes.

CÁNDIDA. Todos, sí.

PABLO. Pero, por eso,
¡hay que sobreponerse y ser valientes!

SILDA. ¿Oyes, Germana?

GERMANA. Sí.

DOMINGA. *(Disponiéndose a hacer mutis seguida de las aldeanas. a Pablo.)*
Con su licencia...

CÁNDIDA. ¿Adónde váis?

SIMONA. Al prado.

HILANDERA. Las esperan los novios.

CÁNDIDA. *(A las aldeanas.)*
Pues prudencia.

BARQUERO. *(Cogiendo su aristón y disponiéndose a seguirlas.)*
¡Eso... por descontado
yendo yo de guardián!

HILANDERA. ¡Para que no cometan un desmán
yo le haré compañía!

BARQUERO. *(Deteniéndose y ofreciéndola el brazo galantemente.)*
¡Muy honrado!
¡Dé la dama su brazo a este galán!

(La Hilandera acepta el brazo del Barquero y hacen mutis los dos por la empalizada. Las mozas se ríen y los abren paso. Luego, hacen mutis también.)

SILDA. *(Al Ama, indicándola la puerta de la casa.)*
Entremos a la casa. Allí estaremos
más a resguardo del rigor del dia,
y probará una tarta, que tenemos
puesta en el horno todavía.

(Silda y Ama Cándida entran en la casa. Germana y Pablo, solos. Pausa. Con honda aflicción.)

GERMANA. ¡Ay, Pablo! ¿Por qué, un día,
me sacaron de mi cabaña
para enseñarme lo que no sabía?
¿Por qué ahora, soy como una extraña
al mundo aquel en que feliz vivía?
Para mí todo estaba en esta aldea.
El campo, el cielo, la montaña,
lo que en la cuna nos rodea
cuando abrimos los ojos al nacer,
era cuanto existía para mí.
¡Aquí, al desfile de las horas, fui
dichosa en mi ignorancia! Sin tener
una inquietud ni una ambición,
supuse que la vida
estaba reducida
a la simplicidad de este rincón;

y que el mundo no era
más que un valle encerrado
en una empalizada de madera;
poco más, a mí ver, que una pradera
en la que Dios guardaba su ganado!
Para mí ser dichosa consistía
en aceptar las cosas como son;
en disfrutar su condición
con mayor entusiasmo cada día;
en encontrar que sabe el pan
como el mejor de los manjares...
En devolver dos bienes por uno que nos dan...
En dormir como duermen los justos, sin pesares...
¡En no sentir un odio ni tener más afán
que procurar la dicha de nuestros familiares!...
Era una dicha humilde, ya lo sé.
¡Y me la arrebataron de un tirón
para enseñarme otra donde nunca entraré
pero donde he dejado el corazón!

PABLO. ¿Quién sabe? Acuérdate de mí. Yo no creía
que pudiese olvidar... Cuando perdido
en los bosques y huído,
más que un hombre era un loco que quería acabar
de sufrir, una noche, de estío, desvelado,
en la paz y el silencio de aquella soledad,
¡oí por vez primera la voz de la verdad!
Me la dijo un pastor de cabello nevado.
«Hay que vivir, decía. No te aflijas, galán.
Todo pasa, en el mundo. Tus penas pasarán
y tu vida también.
No pidas imposibles. Toma lo que te dan.
¡Saboréalo bien!
A tus años, el hombre que, porque no le quieran,
paraliza su vida, es como un río
que porque las montañas le torcieran
se secara de pronto. No, hijo mío.
¡No hay tiempo que perder! ¡Sigue adelante!
¡Como los ríos, sin parar!
¡Que el curso de tu vida sea firme y constante,
hasta dar en la muerte, que es el mar!»
Así decía el viejo... Comprendí
que tenía razón.
Medité sus palabras... Las seguí
y ya ves si era sabia la lección
que hoy soy dichoso como nunca fuí.
¡Anda!... Ve con las mozas a reír y a bailar.
El amor, en la vida, no es todo; es una parte.
¡Donde menos lo pienses has de hallar
razón para vivir y consolarte!

(Pablo se va por el foro. Germana queda un momento sola y pensativa. Llega LUCIANO *sin ser visto y sorprendiéndola dulcemente la dice.)*

LUCIANO. ¿En qué pensabas, Germana?

GERMANA. (*Sorprendida.*)
¿Tú aquí?... Pensaba... No sé.
Pensaba...

LUCIANO. Responde. ¿En qué?

GERMANA. En que si te vas mañana,
pasado, no te veré.

LUCIANO. ¿Pensabas en eso?

GERMANA. En eso.

LUCIANO. Entonces... ¿te pesa?

GERMANA. Sí.

LUCIANO. ¡Como a mí!

GERMANA. Sientes...

LUCIANO. El peso
de separarme de ti.
(*Señalando el corazón.*)
No es nada y lo siento aquí.
Un rasguño... Un escozor...
¡Como una espina clavada!

GERMANA. Siendo tan poco el dolor,
bien dices, no será nada.
Pronto olvidarás.

LUCIANO. ¿A quién?

GERMANA. A todos.

LUCIANO. ¿Tú, no?

GERMANA. Quizá
como tú, pueda también
olvidar. Pero será
más tarde. Pide el olvido
cambiar de mundos. Y es
mi mundo tan reducido
que casi cabe en un nido
de gorriones... ¡Y pues
tú serás quien se haya ido,
yo te olvidaré después!
¡Tú, sin cesar andarás
de unos países en otros;
y en tanto afán estarás
que ni un momento tendrás
para pensar en nosotros!
En cambio yo, recluída
en las montañas de aquí,
me tendré pensando en ti
que pasar toda la vida.
Y el recuerdo, no el olvido,
será más hondo. ¡Ya ves!
¡Ya ves como no he mentido!
¡Yo te olvidaré después!

LUCIANO. Siendo así, ¿cómo tú eres
la causa de irme?

GERMANA. ¡Yo, no!

LUCIANO. ¡Sí, Germana! ¡Al fin llegó
la hora de que te enteres!
¡Me voy, porque no me quieres
igual que te quiero yo!

GERMANA. ¡No digas eso!
LUCIANO. ¿Me engaño?
¿Por qué mi casa dejaste?
¿En qué te ofendí? ¿Qué daño
pude hacerte que escapaste
de aquel modo tan extraño?
GERMANA. ¿Y lo preguntas después
de lo que pasó aquel día?
LUCIANO. No fué mi culpa.
GERMANA. Ni mía.
¡Mas la tierra era, a mis pies,
pequeña cuando te huía!
LUCIANO. ¿Te di miedo?
GERMANA. No... Tú, no.
¡Yo a mí misma me lo di!
Porque entonces comprendí
que mientras quería yo
y tú no querías, nada
podía temer... Mas, luego,
hubo fuego en tu mirada.
¡Y era ya, jugar con fuego,
seguir en tu casa un día!
¡Aquel día...!
LUCIANO. ¿Qué pasó?
Que una rosa nos tendía
su tallo... Que te rozó
el rostro, al pasar... Que yo
la corté... Que nadie había...
Que, temblando, la besé...
Que luego te la ofrecí...
¡Y que, otro beso que di,
a estas horas aún no sé
si fué a la rosa o a ti!
Embriaguez, sed que sofoca,
me impidió, ciego de amor,
saber, en mi fiebre loca,
si era la flor una boca
o era tu boca una flor.
Y no pasó más.
GERMANA. ¿Fué poco?
LUCIANO. Sí. Porque yo lo confieso:
no hubo maldad en mi beso.
¡Estaba loco! ¡Y un loco,
de amor, no ofende con eso!
GERMANA. No me ofendiste... ¿No ves
que yo tu fiebre sentía,
y de la frente a los pies,
como tú, me estremecía?
Pero a partir de aquel día,
¿qué ocurriría después?
LUCIANO. ¿Y por eso huiste?
GERMANA. Sí.
Ya era mi amor imposible.

Hasta entonces le nutrí
de ensueños, y en mi candor
no alcanzaba a comprender
que alentar aquel querer
era labrar mi dolor.
Dolor, si no me querías.
Dolor, si me despreciabas.
Y más dolor si me amabas
porque nunca me podrías,
de no ser si me ofendías,
ofrecer lo que ansiabas.
Y no era sólo el huir
por salvarme. A ti también
te quería redimir,
pues me decidí a partir
mirando más a tu bien
que al mío. ¡Pero era tarde!
La llama estaba prendida.
¡Y al verme desfallecida
sin ti, me sentí cobarde
para soportar la vida!

LUCIANO. ¿El barrancón...?

GERMANA. Fué salir
de angustias. ¡Tú me empujaste!
¡El día que me besaste
me condenaste a morir!

LUCIANO. ¡Germana! ¿Y por qué callaste?

GERMANA. Para no hacerte sufrir.

LUCIANO. ¿Sólo por eso has negado
hasta hoy y has ocultado
la verdad? ¿No comprendías
que, al negarla, me perdías
para siempre?

GERMANA. Eso he tratado:
De hacerte dudar de mí
para conseguir, así,
que olvidaras lo pasado.

LUCIANO. Pero ya ves que no olvido.
¡Aquella noche..!

GERMANA. Era obscura
Yo iba sola.. Cada ruido
era un soliozo, un gemido...
Tu recuerdo, mi tortura.
La selva, mi sepultura.
Mi amor, un pájaro herido.
¿Qué podía suceder?
¿Ya, qué debía aguardar?
La luz del amanecer
¿qué esperanza me iba a dar,
qué alivio me iba a ofrecer?
Vivir de un recuerdo, es poco.
Ya otra cosa no podía
esperar... Y, pues, sentía
que aquel tu delirio loco

tan honda huella me había
dejado que, poco a poco,
fatalmente volvería
a buscarte, no dudé:
¡vi a mis pies el barrancón,
cerré los ojos, recé,
y al abismo me arrojé!

LUCIANO. ¡Oh! ¡Calla! ¡Calla...! ¡Perdón!

GERMANA. ¿Perdonarte a ti? ¿De qué,
si el beso que te arranqué
fué el sólo bien que gocé,
porque era tu confesión?
¡Si, al morir, era dichosa
porque tu amor descubría,
y aunque a la vez lo perdía,
él era la única cosa
que yo en el mundo quería!
¡Que me amaras! ¡Verte preso
de mi amor! Tan sólo eso.
Y luego... ¡Morir dichosa
lo mismo que aquella rosa
después que la diste el beso!

LUCIANO. No; morir, no. Yo a curar
tu herida... A estar junto a ti.
A quererte y a soñar...
¡A vivir... y a remediar
el daño que cometí!

GERMANA (Con júbilo.)
¡Luciano! ¿Es posible?

LUCIANO. Sí.

GERMANA. ¿Y el mundo que nos separa?

LUCIANO. Para el amor todo es llano.
Y yo sería un villano
si todavía dudara.
No siendo en ti, perla rara,
¿dónde hallar igual ventura?
¿En dónde una luz más pura
que el resplandor de tu cara?
Eres bonita y pequeña
como la piedra preciosa.
Naciste dulce y jugosa
lo mismo que la cermeña.
Un hacecito de leña
no lleva en sí tanto fuego.
Primero, se te desdeña.
Pero, al conocerte luego,
aquel desdén se convierte
en secreta adoración...
¡Y es que, hablando, se te vierte
por la boca el corazón!
Hecha de nardo y de seda
tienes dulzura de miel.
Han perfumado tu piel
las brisas de la arboleda.

¡Y encendida en el clavel
de tu boca diminuta,
tentación y honestidad,
tu risa es como una fruta
partida por la mitad!
Yo aquí, a vivir a tu lado,
y tú a disfrutar así
la dicha de ver pagado
lo que sufriste por mí.
¿Aceptas?

GERMANA. — *(Conmovida.)*
¡Luciano!

LUCIANO. — Di!

GERMANA. — ¿Cómo no?

LUCIANO. — Tendrás aquí
cuanto yo te pueda dar.
Mi vida, para mandar.
Los míos, a respetarte.
¡Y en este nuevo ansiar
tesoros que regalarte,
tan sólo siento no darte
un reino para reinar
y un trono para sentarte!

GERMANA. — ¡Basta, Luciano! ¿Ya olvidas
que en la choza me crié,
que mi cuna un lecho fué
de pajas entretejidas?
Con cualquier cosa seré
dichosa entre las dichosas.
Mas tú, en cambio, ¿para qué
renuncias a tantas cosas
como el mundo te ofrecía?

LUCIANO. — Para seguir cada día
la senda de la ilusión.
Para aliviar tus dolores...

GERMANA. — ¡Y para llenar de flores
el fondo del barrancón!

(Llamando en el foro.)

LUCIANO. — ¡Pablo!... ¡Silda!... ¡Labradores!
¡Aquí todos!
(Salen todos.)

PABLO. — ¿Qué sucede?

GERMANA. — ¡Que ya no se marcha!

SILDA. — ¿No?

CÁNDIDA. — ¿Por qué?

LUCIANO. — Porque ella logró
que aquí gozoso me quede
para siempre.

GERMANA. — ¡No fuí yo!
¡Fué el embrujo de la aldea!

LUCIANO. — ¡Fué el amor!

BARQUERO. — ¡Sea quien sea,
albricias!

ABLO. *(Estrechándole la mano, conmovido.)*
¡Gracias, Luciano!

UCIANO. Yo soy como aquel viajero
que fué por el mundo entero
buscando la dicha en vano;
hasta que, asombrado, un día,
al regresar a su hogar,
vió que a su lado tenía
la felicidad que había
ido lejos a buscar.
Está en nosotros hacer
la dicha a nuestra manera;
y no en buscarla por fuera
sino por dentro, está el ser
felices y el poseer
la ventura verdadera.
Ya lo veis: Berta, que era
navío sin derrotero,
sed infinita de amor,
voluntad sin atadero,
tesoro sin guardador,
tras la dicha caminaba
sin encontrarla jamás,
buscando entre los demás
lo que en sí misma no hallaba.
Tú, en cambio, calladamente,
bendecías tu pobreza,
¡y hoy, en la luz de tu frente,
brilla clara y transparente,
la estrella de tu pureza!
¡Germana! ¡Flor escondida!
¡Blanca azucena de amor!
¡Bella en el bosque dormida
por un mago encantador!
¡Alza la frente cansada
de humillarse y padecer!
¡Tú Hilandera, ve a tejer
un manto de desposada!
¡Y tú, barquero, engalana
tu barca! ¡Se acerca el día
en que por fin la campana
nos llame a Santa Lucía,
y en el que no habrá aldeano
que no cruce en tu lanchón
para asistir a la unión
de Germana y de Luciano!

ILANDERA. *(A Germana.)*
¿Es cierto?

ERMANA. Sí. Yo crecía
como amapola en el llano,
sin que viniese una mano
a cortarme... Y un buen día,
porque he sabido esperar,

por fin me viene a llevar
la mano que yo quería...
(A la Hilandera, que sonríe satisfecha.)
¡Hilandera! ¡No hay grandes ni chicos!
Ya lo ve. Como en tiempos mejores
hoy también se casan los ricos
con las hijas de los leñadores.
¡Nos iguala el amor dulcemente!
¡Une cosas que están separadas,
y aunque ya no lo crea la gente,
de la vida hace un cuento de hadas!
¡Mas no importa que nadie lo crea
si al final, olvidado el dolor,
como ocurre en los cuentos de aldea,
todo acaba en palabras de amor!

TELÓN MUY RÁPIDO



OBRAS DE LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN

VERSO

Meditaciones y otros poemas, 1914.—Segunda edición.

Láminas de Folletín y de Misal, 1920.

La Eterna Inquietud, 1922.

TEATRO

La Campana, 1919. Drama en prosa.

La Dama del Armiño, 1921. Drama en verso. Segunda edición.

El Doncel Romántico, 1922. Folletín escénico en verso.

Rosa de Francia, 1923. Comedia en verso. En colaboración con Eduardo Marquina.

El Bandido de la Sierra, 1923. Drama en verso.—*Romance de Doña Blanca*, 1923. Episodio dramático en verso.—*Farsa*, 1923. Episodio dramático en prosa.

Doña Diabla, 1925. Drama en prosa.—*Lupe, la Malcasada*, 1924. Drama en prosa.

La Estrella de Justina, 1925. Comedia en verso.—*La Carta y la Rosa*, 1924. Monólogo en verso.—*Lances de Amor y Fortuna*, 1925. Juego de comedia en verso.

La Vidriera Milagrosa, 1924. Comedia en verso.—*La Bejarana*. 1924. Zarzuela en verso.

Rosa de Madrid, 1925. Comedia en verso.—*La Nave sin Timón*. 1925. Drama en verso. Segunda edición.

La hija de la Dolores, 1927. Glosa en verso.—*Cuentos de Abate*. Canciones

La cantaora del puerto, 1927. Historia de pandereta, en verso.

Flores y Blancaflor, 1927. Comedia en verso

El Deseo, 1926. Comedia en prosa.

Via Crucis, 1927. Drama en prosa.

La Parranda, 1928. Zarzuela en verso.

La Maja, 1928. Comedia en verso.

PROSA

El Hijo, 1921.—Cuentos.

LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)—Sección de publicaciones.
PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS:

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE, O LAS VELEIDADES DE ELENA, de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...! de Armont y Gerbidón, versión castellana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ! de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Taro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinlay.

35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Manuel Linares Rivas.
42. HERNANI, versión y arreglo a la escena española por don Manuel y D. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig, en colaboración con L. Marchand.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Francisco Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Vela.—LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy, traducción de Torralba BecI.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Jacinto Benavente, y SONATA, de Francisco de Viu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de Emilio González del Castillo y Manuel Martí Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís. Traducido del catalán por Arturo Mori.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Natanson y Orbok, en colaboración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Berr y Verneuil, en colaboración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL Y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas.
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena, traducción de Víctor Gabirondo y Manuel Morcillo.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Antonio Paso y Antonio Estremera.
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro.
78 CUENTO DE ALDEA de Luis Fernández Ardavín

Cubierta de este número:

SEGISMUNDO,

de LA VIDA ES SUEÑO

de D. Pedro Calderón de la Barca.

Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.